

EMILIO ORIBES
EL HALCONERO ASTRA
Y OTROS CANTOS
MONTEVIDEO MCMXXV

El Halconero Astral y otros cantos

· VERSO DE EMILIO ORIBE

El Halconero Astral y otros Cantos, 1919. Segunda Edición, 1925.

El Nunca Usado Mar, 1922.

La Colina del Pájaro Rojo, 1925.

*Orbe
1912/936*

EMILIO ORIBE

EL HALCONERO ASTRAL
== Y OTROS CANTOS

Segunda Edición, definitiva

Montevideo
Agencia General de Librería y Publicaciones
1925

EL HALCONERO ASTRAL

El hombre que soltaba las elásticas hondas
con actitudes graves,
y hendía los espacios con las piedras redondas
y ensangrentó mil veces el plumón de las aves.

Dueño del horizonte,
cazador de fieras y garzas de las lagunas,
abandonó una noche su arco sobre un monte
y así creóse el duro creciente de las lunas.

Buscó asilo en los torreones
de su casa, abrió un foso en el umbral
y adiestró tantas nubes de halcones,
que al volar ocultaban la rueda zodiacal.

Ensayaron los vuelos más profundos
las aves y trajeron un astro prisionero.

Desde entonces el hombre ya no fué de estos mundos.
Ya de los astros era el halconero.

Este halconero astral
era carne de bronce y espíritu ancestral.

La casa en que vivía,
estaba en el riñón de la montaña
sombria.

El héroe orgulloso
tenía un agudo mirar.
No era el solo habitante de su hogar:
dóciles a su puño generoso,
volvían gerifaltes a millares.

Halcones amaestrados, de miradas febeas,
que iban hasta los astros por collares
o preseas.

Así es que el halconero,
miles de piedras celestes,
guardó en urnas preciosas.
Las luces que emanaban de su alhajero,
¡Oh, qué maravillosas!

Juntando las estrellas como avaro,
estuvo muchos años en olvido.
Las gavillas doradas, que en las constelaciones
espigaban los halcones,
como ramas para el nido.

Un día, el halconero,
llamó a los hombres
y les mostró el recóndito alhajero.

Cuando Ellos se fueron,
los halcones dijéronse los unos a los otros:
— Estos, tienen los ojos más duros que nosotros!

Los hombres, entre tanto,
decidieron matar al halconero,
y así lo realizaron
en un amanecer ventoso y fiero.
Robaron la riqueza
de joyas tan guardadas!
Vacieron los tesoros de las urnas violadas.
Luz de sus propias almas!

La luz de la Belleza!

Las aves se quedaron aterradas!

Antes de irse,
dijeron los ladrones:
— ¡ Coloquemos el corazón de nuestro hermano
sobre estos grandes murallones,
a ver si lo devoran los halcones!

Pero las aves nunca mancillaron
el corazón divino.
Llenas de angustia hacia el azul volaron.
Se ignora cual ha sido su destino.

Yo las oigo en bandada
volar. El corazón del héroe elevan
en los picos y garras.
Oh, tesoro, el más puro!
Se lo llevan
por la noche estrellada.

¿ Reconocéis al halconero astral?
Sus hermanos lo hirieron sin perdón.
Las bellas aves, las profundas aves,
reintegraron en Dios su corazón!

VERDADERA IMAGEN

Es de noche en el campo.
Reposan las llanuras.
Transparente está el cielo con sus vías
de orbes, colmadas.

Reposan las llanuras.
Ya se oyen
miles de insectos en hervor constante
de creación.

El campo ofrece, a ratos,
el eco de un grito,
o el graznar de un pájaro de presa,
y el profundo mugido horizontal
de los toros.

Mugen tan hondamente
que parecen bocinas de navíos,
al entrar en los puertos.

Más allá, los rebaños se recogen,
y heme aquí, vigilante,
sobre un cerro, en quietud, como un indígena.

Las tropas, los rebaños transhumantes,
confusos, graves ecos,
como masas corales,
y orfeones célebres
ensayando...

Ved por el horizonte en resplandores
el vago protoplasma luminoso
de la ciudad.

Montevideo!

Montevideo!

Allí, como en el mar,
y en los muelles metálicos,
junto a la luz que apenas divisamos,

fué para ti, Dolor, la gran semilla
del día poderoso.

La noche, con piedad,
mujer de paso lento,
se ha arrodillado
junto a la faz en lágrimas del mundo
y con lienzo ha cubierto sus heridas.

La noche, ha hecho eso,
— y está pura de orbes!—
con sus vías colmadas, y sus golfos
donde se cuaja en sombras el espacio.

Lo que ella ha recogido,
al tocarnos los ojos y la frente,
con su lienzo,
y librarnos así del agrio zumo,
helo allí:

—Alzad los ojos, hombres, hombres.—

Noche inmensa!
Verónica del mundo.

PERFECCIÓN DE LAS PAMPAS

Cuando se está solo
 en medio de las pampas,
 uno es el centro
 de una circunferencia cuyo límite
 se halla en el horizonte.

Perfección de pensar!
 En ese instante,
 si uno mira hacia el fondo de sí mismo,
 lleno de soledad, puede notar,
 que su alma es el centro
 de una circunferencia cuyo límite
 se encuentra en un umbral de alba y sombra.

También, en esa forma, si es de noche
 en medio de las pampas

oh, curioso espejismo!
 se ven brillar estrellas,
 que en realidad aún no han asomado
 por encima
 del remoto horizonte...

— Ah! pero si entonces,
 uno mira hacia el fondo de sí mismo,
 se ven brillar estrellas allá adentro...
 ¡y qué estrellas tan puras!,
 que en realidad,
 están ocultas en la densa sombra...

Más allá del umbral en donde el alma asoma!

PALOS TELEFÓNICOS

Recuerdo que cuando yo era muy niño aún,
sentía curiosidad supersticiosa,
al apoyar mi oído en los palos del teléfono,
y escuchar,
el rumor aquel, asombrado y tan hondo,
grave... continuo... abrumador... lejano...

Para acentuarlo más
daba golpes con mi puño en la madera,
y el ruido entonces adquiriría
sonoridades nuevas y encantos increíbles.

En el campo,
donde el silencio llega a lo absoluto
y molesto,
a veces descendía de mi caballo
y apoyaba mi cabeza

en un palo telefónico
para apreciar la música de los alambres,
y deleitarme durante mucho rato,
con el ruido impreciso y sin matices,
monocorde y oceánico...

Más tarde, ya casi hombre,
cuando he estado enfermo con mucha fiebre,
he creído percibir un rumor análogo,
que pesaba en mi tímpano,
como una obsesión auditiva y profunda.

Ahora me ocurre,
que en la noche me recojo en mí mismo,
para escuchar las voces elegidas,
y descifrar los himnos más perfectos
de mi interior tan rico de armonías,
y no puedo concretar ningún acorde,
ni un cantar fácil,
y ni una nota musical a veces,
y entonces pasan horas terribles para mí,
en que solo sube de lo más hondo de mi alma,
algo sin contornos,
grave... continuo... abrumador... lejano,
como el ruido de los palos telefónicos...

EL ASTRO ERRANTE

Cruzó un astro errante
por la nocturna paz.

Dijo el agua tranquila de la fuente:
— Oh, qué beso tan breve el que me das! —

Dijo la rosa irguiéndose en el tallo:
— Me abrí para guardarte: ¿me verás? —

Dijo la alondra remontando el vuelo:
— Semilla del azul! ¿Te escaparás?

Dijo el buho extasiado e impasible:
— ¿A qué mundos bellísimos irás?

Dijo el árbol sin hojas y sin frutos:
— ¿En qué rama feliz te posarás?

Dijo el pequeño pájaro en la jaula:
— ¡No escuchas mi canción! ¿Por qué te vas?

Dijo el águila absorta de las cumbres:
— ¡No te puedo seguir! ¡Tú vuelas más! —

Dijo la estrella en el profundo cielo:
— Aquí te esperaré... ¿Regresarás? —

Dijo el rocío en la callada noche:
— Ah!, lo mismo que yo, tú eres fugaz!

Dijo el hombre, escudándose en los dioses
antiguos. — ¿Qué desgracias nos traerás? —

EROS

Mi carne es una esponja saturada,
Eros, con tus unguentos numerosos.
Mis venas son los cauces silenciosos
por donde va tu ondulación sagrada.

Salvaje y musical,
oh, Dios, te ofrendaré mi vida entera
impregnando mi obra duradera
en tu savia genésica y astral.

Levantaré en tus ondas más profundas
mi cántico sonoro,
y entraré en tus Hespérides fecundas
para robarte las manzanas de oro.

Mirra soy en tus vasos ofrendada,
claridad de tus múltiples diamantes,
resplandor de tus astros abundantes,
criatura en tu arcilla modelada.

Ah, si vertieras, Dios experto y fino,
en crátera inmortal, mi rojo vino.

EL GRITO

I

Era allá en Melo,
ciudad de coloniales casas
en medio de la pánica llanura interminable
y cerca del Brasil.

Yo gozaba la gran revelación
de la naturaleza
en la amplitud de mi niñez bravía
y en el caudal robusto de mi sangre.

Sí. Allá en Melo,
ciudad con casas de tipo español
con grandes patios,

en cuyo centro
los aljibes se abren, circulares y sonoros.

Yo era niño y solía
gritar junto al brocal de algún aljibe
sin temor, inclinándome,
hasta ver flotar mi imagen
en las aguas especulares,
para escuchar así, maravillado
la música primitiva de los ecos.

A cada grito
con fidelidad sorprendente
el eco melodioso y misterioso
me respondía desde el agua,
desde la penumbra,
tal vez desde más lejos, inspirándome inquietud.

¡Cuántas incomprensibles armonías
en el arcano del eco, siempre fiel!

II

Hoy he aprendido
que oculto en mi espíritu cisternas que responden
a mis gritos supremos,
con ecos, ya gigantes, ya confusos
o ya exactos y simples.

Y soy feliz,
— oh, más que en los días de Melo
la ciudad de tipo castellano,
al oír, lleno de ansiedad,
cómo responde el eco de la sima interior
al grito que no puedo reprimir
y se escapa, gigante, de mis labios!

Incomparable éxtasis,
respuesta, del más allá de la carne,
cuyo secreto no adivino
y cuya finalidad no vislumbro!

He de vivir así oyéndome
extasiado con el clamor de mis internas simas

y tal vez obtenga de ese modo
en mí ser la solución de los enigmas eternos.

Pero...
hoy pienso que tal vez pueda agotarse
ese obediente cántico del ánimo...

Dios mío, no es posible!

Y sin embargo,
¿y si mañana cuando yo grite el verdadero
e irremediable grito, decisivo y fatal,
no responde la música del eco?

BALADA DE LA COPA DE CRISTAL

Algo que me da gozo y amargura
he descubierto con placer y pena:
que tu alma, a pesar de su hermosura,
es vaso de cristal lleno de arena.

La música no se oye adormecida.
El cristal, prisionero, no resuena.
Poco a poco en los cauces de la vida
la clara forma se llenó de arena.

Jamás la harán vibrar. El que lo intente
la romperá. Devotos o juglares,
en vano buscarán el himno ardiente,
el más hondo y mejor de los cantares!

Yo soy el dueño azul de la armonía,
el mago de la música encantada.
Los hombres, sin amor ni poesía
sacudirán la joya y no oirán nada.

Yo sé del pensamiento sobrehumano
que hace brotar la música serena
al agitarla mi amorosa mano
tu copa de cristal, no tendrá arena!

Mientras te haga llorar el verso de oro
o seas la leyenda que lo inspira,
diáfana por el lírico tesoro
tu copa vibrará como una lira.

Pulsaremos los dos, maravillados
la canción que del fondo se levanta;
¡Cuántos himnos ocultos, revelados
la cristalina joya, cómo canta!

Pero si un día entregas al olvido
este amor que te invade y te perfuma,
tan solo oiremos como un gran gemido
la débil melodía que se esfuma.

Cuando sea de otro tu belleza,
con arena tu copa han de llenar.
La copa de cristal y de pureza
ya nunca, en ningún tiempo ha de sonar.

LA AMATISTA

I

No sé donde leí que una doncella
de Italia,
encontró bajo un templo en abandono
una diáfana,
luminosa amatista.

Observada al trasluz,
veíase en la piedra a Dionisos corriendo
semi desnudo sobre un verde prado.
Alegre el Dios, y con un bello impulso,
alzaba en una mano hermoso tirso
de rosas, y en la otra un gran racimo
de uvas.

Mientras el Dios corría,
una joven pantera dando saltos
seguíalo con miras de quitarle
el racimo.

II

Oh, alma mía!
¿Cuándo hallarás la peregrina amante,
la mujer esperada,
que sepa descubrir en tu interior
el símbolo feliz que en ti se oculta?

Agil efebo,
se verá en lo más hondo de ti, ¡oh alma!
Lleva un tirso de rosas: la Poesía.
Y un racimo de uvas: el Amor.

Corre el efebo apenas mal cubierto
con una piel de león, mientras sonríe
y canta...

La pantera — oh la vida! — intenta en vano
arrebatarle los preciados frutos
dando enérgicos saltos.

Haced mis Dioses, que la pueda ver,
muy pronto, fatigada abandonando
tan espantosa empresa.

¡Así podré ofrecer a la doncella
reveladora del secreto símbolo
que se agita en el alma transparente
toda mi Poesía,
tirso de rosas siempre florecido,
y mi Amor,
racimo eternamente renovado!

LOS NUEVOS POETAS

Los antiguos poetas, los más grandes poetas
de Persia y del Egipto, de la India y la Grecia,
tenían toda el alma de cristal.

Y por ella
la eternidad pasaba en filtración perfecta.
Esa luz, cuya fuente inhallable y secreta
donde está no sabemos, por las almas aquellas
sin mancharse ni herirse deslizábase apenas...

Mas los otros poetas, los más grandes poetas
que surgieron del *humus* fértil de la Edad Media,
y llenaron los siglos hasta cercanas épocas,
ya tenían el alma muy distinta.

Y en ella
la eternidad sufría variaciones inmensas.

Esa luz, cuya fuente inhallable y secreta
donde está no sabemos, en las almas aquellas
se rompía en un iris de pasiones diversas,
y al acercarse al hombre se impregnó en su materia,
y aumentó, humanizándose, en verdad y belleza.

Hoy los nuevos poetas, los más grandes poetas
que viven en la cósmica inquietud de estas épocas,
tienen el alma llena de matices.

Y en ella
la eternidad se estanca: su luz se desintegra,
polarizada en rayos de propiedades nuevas.

Así es la poesía, luz humana y compleja
que trae de lo más hondo sombras y transparencias.

Ved: la fuente de luz tan antigua se acerca
a los hombres! Inúndalos de virtudes eternas
al subir del espíritu de los nuevos poetas.

LOS CABALLOS DE ELBERFELD

Un buen día Mauricio Maeterlinck,
no teniendo tal vez mucho que hacer,
se marchó, según narra en bellas páginas
a estudiar los caballos de Elberfeld.

Son unas bestias sabias que resuelven
cuestiones matemáticas, muy bien.
Un súbdito alemán les ha enseñado
las reglas de sumar y sustraer,
y a encontrar logaritmos y problemas
de raíces cuadradas.

¡Hay que ver,
la gran sabiduría de las bestias,
que interpretan las letras de un cartel,
que conocen gramática — oh Valbuenas —
y se llaman Zarif y Muhamed!

Conozco muchos hombres que no tienen
otra sed,
que la sed de vivir entre los números
o entre esquemas, gozando como el pez
en el agua, si encuentran limitados
huecos y casilleros de pared,
en la vida, o en ciencia y poesía;
planos cuadriculados de ajedrez
para explicarlo todo y verlo todo.
Esos hombres abundan cada vez
más, y en la Academia o en la calle,
piensan como Zarif y Muhamed.

Más feliz que el poeta Maeterlinck
ante ellos he llegado a comprender,
que me es innecesario en absoluto
ir a ver los caballos de Elberfeld.

LA GRUTA

Representemos a la Muerte
como una gruta subterránea y honda,
a cuyo borde estamos,
niños maravillados,
en el tránsito iluso de la vida.

Niños maravillados nada más.

Algunos, más curiosos que los otros,
lanzamos junto al borde de la gruta
un grito de dolor o de alegría.

Mientras gozamos el vital deleite
de gritar,
oímos que del seno de la sima
suben los ecos de las grandes voces,
emitidas ha siglos por las otras
sombras,
que nos legaron tan pueril destino.

Ah, pero de millares y miles de millares
de sombras que han gritado,
cuán pocos ecos vuelven!

La Muerte,
escogerá en su seno las más puras,
las sobrehumanas voces,
que hoy caen en las bóvedas sin límites,
ahogadas,
por los torpes gruñidos del rebaño.

Así, lo mismo que el labriego experto,
selecciona las óptimas semillas
y deja resbalar entre sus dedos
los granos infecundos,
la Muerte, de los gritos que lanzamos
en su seno,
escogerá los dignos de escucharse,
y los devolverá,
— coros celestes, alabadas músicas! —
mañana, con los años o los siglos,
cuando no quede nada de nosotros!

Ni nuevas voces,
ni vanidades, ni desnudos huesos!

LOS DOS BUSCADORES DE PERLAS

Sumergiste en las aguas
tu cuerpo, oribronceado por el sol,
y robaste a las farias oceánicas
su tesoro interior.

Feliz de ti que hasta la superficie
pudiste regresar,
con las manos colmadas de tesoros,
y joyas de la mar,
oh! pescador de las sagradas perlas
del Ceylán!

Me sumergí en las olas de mis mares
como tú, con las ansias infinitas
de arrancar en el fondo del espíritu
músicas nunca oídas.

Y he vuelto a la desierta superficie,
con la muerte en la carne,
y manos sólo llenas de dolor,
yo, pescador
de las ocultas perlas
del corazón!

Feliz de ti que alegre has regresado
con joyas de tu mar,
oh! pescador de las sagradas perlas
del Ceylán!

Triste de mí que he regresado pobre
de mi mar interior,
yo, el pescador,
de las ocultas perlas
del corazón!

UNA MUJER EN LA CALLE

I

Pasa una mujer.
 Alta, flexible, hermética.
 Con estudiado andar, mientras camina
 deja ver el latido de la pierna.

Estoy en medio de la muchedumbre.
 Es una cotidiana multitud,
 sin matices, espesa,
 que me obstruye la marcha y me sofoca.

Oh, realidad!

Esa mujer se eleva,
 se aísla, borra todos los contornos
 de hombres y de cosas.

Veo que es ella

lo único que existe, y los demás
 no viven o no están.

Con impaciencia,
 yo sigo esa mujer que no ha leído
 poesías que le he escrito,
 que ignorará mi afán de conocerla,
 y no le preocupan ni le importan
 fantasmas de belleza.

II

Sobre el bochorno de la calle, brilla
 en el ocaso, Venus, como perla
 de luz.

Yo ahora pienso en la mujer
 y en algo más: en la profunda estrella
 que algún día se habrá de despertar
 misteriosa en su carne, como Venus
 del fondo de la nébula solar!

EL FRUTO

AYER.

— Han florecido ya los durazneros! —,
me gritó con los labios sonrientes,
y avanzó entre los múltiples senderos,
con una flor rosada entre los dientes.

Tarde lluviosa. En la mojada loma,
triunfaba el sol después de la tormenta.
— Mira, mi pelo húmedo, se aroma
en el aire, y mi carne de luz se transparenta.

Un claro resplandor el cielo abría.
La tarde, en el crepúsculo sonoro,
se alejó sobre el dorso de una nube sombría
como Europa en la grupa del olímpico toro.

Ya en el hogar cerramos la ventaua
y en rendición unánime de amor,
me perfumó su juventud temprana
como un colmado duraznero en flor.

HOY.

Ella no trae tan feliz tributo.
Mas su cuerpo es sabroso como un fruto.

LA CLEPSIDRA

I

A veces,
 cuando me encuentro solo en mi cenobio
 espiritual
 y al sentir en mis sienes la fatiga nocturna,
 al mismo tiempo que en mi entraña sube
 el cauce obscuro de las obsesiones,
 suelo apoyar mi oído en la almohada
 y en la opresión creciente
 y suave de una arteria contra el tímpano,
 escucho cómo late
 mi corazón.

Entonces permanezco largas horas despierto.

Cada latido deja en la clepsidra
 de mi vivir,

descender una perla irremplazable:
 — Clepsidra mía, singular clepsidra,
 cómo se agota tu vital tesoro,
 mi corazón!

La opresión de la arteria contra el tímpano
 me ha revelado,
 en las profundas noches del acecho
 que hay un desorden lírico en la caja
 de mi tórax.

Desorden
 que se me antoja musical y extraño
 y que me trae regocijada pena.

He sabido,
 que la viscera sacra y propulsora
 de mi existencia, late anormalmente;
 que no ha vaciado su labor divina
 en el ritmo común, y en cambio tiene
 un ritmo suyo,
 original, nervioso y arbitrario.

Yo poseo el origen de ese ritmo,
 y lo he visto a través de mi pasado
 perpetuarse en las leyes de mi estirpe,

con la fatalidad,
 más fuerte que el destino,
 que gravitó sobre los Dioses griegos!

Conscientemente, concienzudamente,
 escucho y gozo ese latir del órgano
 arritmico!

Y oigo tu arritmia ; corazón herido!
 y vivo oyéndola
 por muchas horas en la larga noche.

Lates ; oh corazón! de modo tal,
 que en un segundo mudo y doloroso
 falta un latido.

Llega un instante,
 en que el ritmo normal se desvanece,
 y un paso en falso
 das — ; corazón! — cual si tuvieras miedo...

Con ansiedad nota mi oído alerta,
 cómo el mensaje que debió venir
 no viene.

— Corazón ¿no te falta algún latido?

— ¿Sabes qué mano entró dentro del pecho
 y lo ha robado?

— ¿Sabes qué mano descarnada y fría
 viene y suprime *uno* a cada instante?

Cuando escucho la arritmia y el período
 compensador,
 establece su pausa, me figuro
 que el latido siguiente ya no viene
 y que ha extinguido su vigor sagrado,
 mi corazón!

II

Quién sabe si algún día,
 apoyando mi sien en la almohada,
 de modo que la arteria sobre el tímpano
 me sirva de teléfono;
 Quién sabe si algún día no percibo,
 el ruido de la última
 perla que guarda la clepsidra mía,
 mi corazón.

Y tal vez piense entonces,
cuando venga la muerte y me arrebate
el latido esperado:

— Clepsidra mía, oh singular clepsidra:
— Cuán débil era tu vital tesoro,
mi corazón!

NADA

En la niñez
despertará con inquietud sagrada
la transparente copa de tu espíritu.

En la adolescencia,
dilatará una música encantada
la transparente copa de tu espíritu.

En la juventud,
se mojará en los labios de la amada,
la transparente copa de tu espíritu.

En la madurez,
tendrá serenidad afortunada.

En la vejez,
se aquietará como agua congelada.

En un fugaz minuto,
se romperá, suavísima y callada.

Después, nadie sabrá,
que fué para los Dioses destinada,
la copa de tu espíritu.

Ya ves ; qué poca cosa !
¡ Nada de nada !
¡ La transparente copa de tu espíritu !

LAS GARZAS

I

Cansado de estudiar
me fui al campo. Sufría
falta de voluntad.
Y qué fatiga en la muy joven frente !
Además,
desencanto infinito de saber ...
Y de amar.

II

Un indio viejo de la estancia
me hizo un regalo muy original.
Cinco garzas — ¡ oh, asombro ! — que hablaban
después de muchos años de enseñanza tenaz :
una era rosa, otra blanca, otra gris ;
otra amarilla como el oro, y otra verde.

Esto, que os parece fundamental
paradoja científica, es muy cierto.

Quien lo dude, que hable con mi capataz.

El indio me dijo:

— La garza rosa será el Amor, la blanca será
la Fe, la gris, la Duda, la de oro, la Ambición,
y la verde, la Esperanza inmortal!

— Cuando quieras, amigo enfermo,
con ellas hablarás.

Dicho esto, me entregó las cinco garzas.

Yo las quise interrogar
en seguida, gozoso del prodigio.

Entonces,

la garza rosa dijo: Vuelve a amar!

la garza blanca dijo: Vuelve a creer!

la garza gris me dijo: Vuelve a dudar!

la garza de oro me gritó al oído,

— Vuelve a ambicionar!

La garza verde no me dijo nada.

III

Amar — Creer — Dudar — Ambicionar!

¡Palabras crueles y terribles!

— Muy pronto alteraréis mi nueva soledad
oh, pajarracos, despertando mi corazón! —
pensé, lleno de miedo; y me puse a degollar
aquellas cuatro aves,
la rosa, la blanca, la gris y la de oro
con un filoso puñal.

Solo he quedado con la garza verde.

La esperanza!

¡Pero esa nunca va a querer hablar!

HACEDORES DE ORO

I

Leo en Amiel una pequeña anécdota,
y nadie más que el corazón me oye.

Los hacedores de oro
de la Edad Media, tras labor enorme,
fórmulas, brujerías, raciocinios,
no encontraban jamás en sus crisoles
más oro que el que allí habían dejado
al iniciar sus experiencias torpes.

Los ilusos!...

Creíanse supremos sacerdotes
de la divinidad para hacer oro,
más abundante que la miel del odre,
rubio, como la luz maravillosa
de los soles!

II

Y dice el corazón:

Óyeme hermano,
— Tú también, por más rimas que amontones,
por más piedras de fama que cinceles,
por más que engarces zafiros y ónices,
y más joyas que escondas,
en tu verso, lo mismo que en un cofre,
nunca hallarás, oh iluso,
más oro en tu poesía que aquel oro,
que en lo más hondo de tu alma puse,
al iniciar tus experiencias torpes.

Oro, más que la luz maravillosa
de los soles!

LA FUENTE VIRTUOSA

Ibamos descendiendo por la cuesta.

El viejo amigo de palabra densa
y jovial, y de cana cabellera,
me conversaba de remotas tierras,
más allá de los cerros de la aldea.

Junto a una fuente oculta entre malezas,
nos detuvimos.

Las aradas huertas
ardían bajo el sol y nuestras fuerzas
alivio hallaron en el agua fresca.

El viejo amigo contempló la tersa
claridad de la fuente en la ladera
y me dijo con tono de sentencia:

— Cuán vano fué mi andar por otras tierras
cunas de mitos, dioses y leyendas.
Mi alma, ya cansada, no refleja
más que una duda íntima y tremenda...

— ¡Cuán más me valiera
haberme concretado; a ti, Belleza,
en la vida tranquila de estas tierras!

— Mi alma entonces clara transparencia
tendría, como el agua pura y lenta
que en su seno refleja
de día, la inmortal bóveda inmensa,
de noche, el resplandor de las estrellas.

Tendrías, alma, como el agua quieta
la misión silenciosa y duradera
de solo reflejar cosas eternas.

EL VIAJE

Confusos,
frente al mar misterioso,
y densas las pupilas
por la atracción enorme del vacío
estamos todos en la inmensa playa.

Hay quien espera
su turno, con la máscara violenta
de la duda, o con gesto de cansancio.
Hay quien levanta bulliciosos ecos
de cantos libertinos, mientras oran
vagas sombras hincadas y espectrales;
y hay quienes se colocan en la testa
áureas coronas y brillantes mitras.

En tanto avanzan las oscuras barcas
que nos han de llevar a ignota orilla
a través del océano impalpable.

Lejos de la algarada pintoresca,
yo esperaré mi turno dulcemente,
con el laúd de oro entre las manos,
hasta que venga la impasible Amante,
que debe conducirme a ignota orilla
en su barca de cedro milenario.

Recogeré mi túnica de lino,
y, abriendo el estupor del agua oscura
como ascua de sándalo oloroso,
en la barca arderá mi corazón.

DESCENSOS EN LAS MINAS

Yo nunca he descendido a las más hondas minas,
donde el oro acecha con impuro fulgor.

Donde hay hombres trágicos que se olvidan del Sol.

Donde se ven faunas y floras en petrificación.

Donde cambia sus harapos por ricas gemas, Job.

Donde habla la muerte con apagada voz.

Donde quedan los hombres huérfanos de Dios.

Donde rubias culebras aguzan la ambición.

Donde la selva cósmica sus diamantes cuajó.

Donde arden las teas con rojizo fulgor.

Ah! Yo nunca he descendido a las más hondas minas!
¡Y sin embargo he visto su belleza y su horror!

Bástame para ello recordar
las veces que he bajado hasta mi corazón!

LA GRAN FELICIDAD

Cuando la nueva aurora,
tan deseada me despierte y guíe
tras la amplia noche del vagar sin luz,
me internaré en tu esencia. Madre Naturaleza.

Ya no seré jamás la floja arcilla
que en su interior oculta la frágil armonía.
Ya no seré pasión, miedo o engaño.

Más allá de la muerte — oh, dulce sueño! —
entre las flores no estaré discorde,
entre las nubes no estaré impasible,
entre las aves no seré enemigo.

Y en las estrellas no seré extranjero.

MEDITACIÓN JUNTO AL MAR

La ola, azul y diáfana, se entrega
al sol, que la acaricia rubicundo.
Me trae el aire un cántico profundo,
con resonancia griega...

Hoy que en la luz solar mi vida enhebro,
escucho en lo más hondo de mí mismo
el mensaje que sube de mi abismo
y va del corazón hacia el cerebro.

Tal vez, cuando consiga descifrarlo
la fuerza de mi amor,
un mundo encontraré para habitarlo;
descubriré la Atlántida interior.

La mejor

La inquietud de mi carne se levanta
 y entre mis dudas íntimas me inundo.
 ¿Será hermoso mi espíritu, y profundo
 como ese mar que canta?

Quién sabe! En inminencia de extraviarse
 va aquel que se adelanta.

Difícil, pero bello, es concentrarse

Y escucharse

Como ese mar que canta!

YO

Anoche,
 fatigado después de largo análisis,
 pude mirar mi espíritu un momento,
 por un débil resquicio imperceptible
 para el sentido común.

Hoy me siento feliz al conocerme.

Por el débil resquicio imperceptible
 al sentido normal,
 en ese instante de ardua hiperestesia,
 ví en mi ser más íntimo,
 una sombra que duda, que razona,
 y vacila ante todos los enigmas,
 mientras con mano pálida y nerviosa

la espada esgrime entre el jubón suntuoso
de terciopelo negro.

Ah!... Esa sombra,
tiene una frágil voluntad dispersa
y hasta habla con fantasmas, como Hamlet!

CREO

Creo que de mi obra no quedará nada.
Que todo morirá cuando se rompa
la caja musical de mi existencia.
O antes!

Creo que nadie sabrá nada de mí,
mañana, cuando cesen los latidos
de mi corazón,
nervioso y lleno de extrasistoles.

Toda la armonía me la llevaré,
pues este país de mercaderes, estancieros,
caudillos y vulgares políticos,
no apreciará ni una melodía
de mi carne,

ni guardará una ínfima partícula
de los perfumes de mi vaso cerebral.

Creo todo esto... y aún me quedo corto!...

Pero también — oh, Dios mío!, estoy seguro,
de que Aladino encontrará su lámpara
en el fondo de mi corazón! —

LA LÁMPARA

Lámpara subterránea que me guías,
honda luz de mi carne que me amparas,
con tus profundas refulgencias raras
al alumbrar mis noches y mis días.

Lámpara de diamante que extasías
mi coloquio interior, y que separas
mi vida de la sombra, con las claras
lanzas de tus agudas pedrerías.

Lámpara inagotable que conduces,
mis pasos por un círculo de luces.
Lámpara alabastrina que acompañas

mi ambición en el vértigo ascendente.
Sí. Quédate escondida eternamente,
lámpara de Aladino, en mis entrañas!

EL TIRANO

Ya solo escribo para ti,
Señor despótico y sombrío que me observas
del fondo de tu cámara lujosa.

Ya solo escribo para ti,
dominador de mis actos y de mi voluntad,
pálido tiranuelo,
que me miras con tus ojos helados,
por los que se deslizan sombras turbias y cambiantes,
bajo los arcos de tus cejas inmovibles,
lo mismo,
que corren las aguas grises de los ríos
bajo el arco de los puentes inmutables.

Ya solo escribo para ti,
hombre frío y pensativo,

que permaneces sentado
horas y horas, descansando
tu barba en el puño hercúleo y poderoso,
mientras me analizas,
y dejas caer las horas entre tus dedos
como la arena cae en las clepsidras.

Ya solo escribo para ti,
monarca silencioso, ebrio de vanidades
egoístas,
que me haces sufrir por las calles
de este Montevideo colonial y puro,
y me has convertido en un ser
callado, taciturno, y desdeñoso como tú;
pues soy reflejo tuyo,
aunque crean lo contrario los buenos aldeanos
que comparten mi vida exterior.

Ya solo escribo para ti,
para que seas eterno...
Y estés vigilante siempre,
oh, tú, fecundo y firme Orgullo mío!

EL CANTO DEL ALBA

I

He pasado la noche sin dormir.
 Una noche estival propicia a los pesares.
 Pero el alba va a venir
 grácil, con el aroma de los viejos pinares.

Yo me asomo al balcón...

— Ah, necesito refrescar mi frente
 y alzar mi corazón
 hacia la aurora transparente.

— El alba va a venir!

— Alégrate, juventud!

El alba, el alba te va ungir
 oh corazón, con su perenne virtud!

— Cuánto has dudado!
 — Cuánto he dudado entre la sombra inmensa!
 Resucitó y me ahogaba mi pasado
 como una niebla inmóvil y suspensa.

Pero ahora soy feliz,
 porque el alba vendrá...
 Pondré mi devoción como pastilla
 de perfumes,
 sobre el día nuevo y allí arderá...
 ¡Qué maravilla!

II

Alégrate!
 Ya vino el alba! — Disipando el velo
 de mi dolor y los nocturnos rastros —
 Ya vino el alba!
 Yo vi pasar por el distante cielo
 su flecha de oro, espigadora de astros.

Alégrate!

Ya vino el alba!

Vibra su flecha en el confín sonoro.

¿No veis su flecha enhebradora y bella?

Ya vino el alba!

Ya vino armada de su flecha de oro.

¿Enhebrará mi corazón con ella,
como si él fuese una perdida estrella?

— Ya vino el alba!

Que es frágil, no deslumbra
¿y aún está frente a la noche absorta?

— No es nada... Alégrate

Ya vino el alba!

Y eso es lo que importa!

AMANECER EN EL CAMPO

Este campesino,
que siembra trigo en la negruzca tierra
eleva el brazo con sublime gesto
y lo hace describir una parábola
al arrojar los patriarcales granos.

Sentado sobre un surco abierto, miro
como se trueca el hombre humilde y triste,
cuando pasa a mi lado,
en un varón sagrado y mitológico,
mientras el alba nace,
allá, por la llanura americana.

Cuando pasa a mi lado
el fuerte labrador, digna es de loa
su pánica inquietud.

Y así lo veo
difundido en la tenue madrugada
y en la firme grandeza del conjunto.

A pesar de su oscura vestimenta
cuando se entrega a su labor agraria
es bello.

El labrador es hombre estético.

Todo clarea.
Viene una luz de piedra azul al llano.
El labrador, arroja trigo y sueña,
recortándose más sobre los campos,
su silueta,
agigantada por la luz difusa.

Pero ahora,
en esta media luz del nuevo día,
que aún no se abre entre las pardas tierras
¿quién me dirá si va el varón sublime,
mientras levanta el brazo hacia los cielos,
sembrando trigo o apagando estrellas?

EL INSECTO

Recuerdo que una vez,
bajo el calor de horno del estío,
yo, arrinconado en el vagón de un tren,
miraba el campo por la ventanilla.

El campo fatigante y uniforme
de mi país.

Y vi de pronto,
destacarse un insecto luminoso,
como enhebrado en el fulgor solar...
El insecto,
se elevó sacudido por el vértigo
fantástico y voló, voló, voló,
torpe, desorientado, enloquecido.
acompañando por un breve instante.

al ferrocarril.
Y en seguida,
cayó y se hundió deshecho en polvo
entre los hierros bárbaros del monstruo.

Nuestro pensamiento,
en un minuto de gigante esfuerzo,
libre! se eleva y cree volar,
al par
del mismo Dios y de la Eternidad.

Ah, sí, pero después
de volar un instante
como el insecto aquél
entre los hierros bárbaros del monstruo, —
turbios, en polvo cósmico, caemos...

LA ALONDRA

Ahora recuerdo que otra vez,
al nacer de la aurora en primavera,
yo, arrinconado en el vagón de un tren,
miraba el cielo por la ventanilla.

Y ví una alondra, rápida saeta,
calandria americana,
o veloz jabalina melodiosa,
que en un gracioso y prolongado vuelo,
pudo volar, pudo volar, cantando
con una igual velocidad
que la del ferrocarril.

Si bien es cierto que la libre alondra
no pudo acompañar al férreo monstruo,
por mucho tiempo,

su alegre esfuerzo y su divino canto,
me hicieron convencer que los Poetas,
son los únicos
que pueden
volar
al par
del mismo Dios y de la Eternidad.

CANTAR DE ETERNIDAD

Estío. Por Cerro Largo,
cuando caía ya el sol,
cien leguas por tierra adentro,
solo, ¡tan solo! iba yo.

El Tacuarí era de oro,
pitangas daban su olor.
El ave voló del trébol
hacia el rancho de terrón.

Subía, lenta, la luna.
La hirió un hombre con su hoz.
Él se unió a mujer morena.
Volvieron Ruth y Booz.

Cien leguas por tierra dentro,
de nohecita, iba yo,
cuando escuché en un recodo,
de niños una canción.

Pueblo rural. Los muchachos
corrían de dos en dos,
en un patio con parrales,
dando al aire esta canción:

*Las estrellas, en los cielos
se juntan de dos en dos.
Se juntan para jurarse
La eternidad del amor.*

Cada niño conducía
niña de blanco candor.
Así el halo de la luna,
así el más puro vellón.

Vino hasta mí una rapaza
y agua fresca me ofreció.
Impuso a todos silencio
y de esta manera habló:

— Agua fresca al pasajero
no le niegues, dice Dios.
— No es agua lo que deseo,
quiero aprender tu canción.

*— Cantamos, que las estrellas
se juntan de dos en dos.
¿No sabes?, para jurarse
la eternidad del amor.*

Por campos de Cerro Largo,
en noche oscura iba yo.
La niña siguió cantando,
mas yo olvidé su canción...

Pues las estrellas se engañan,
eternidad no es la flor;
ni eternidad son los hombres,
ni eternidad el amor.

LAS MANZANAS

Hace miles y miles de siglos, mi alma
habitaba un paraíso inmortal,
mucho más bello que el de Adán y Eva.

Mi alma
estaba inmóvil y transparente;
sólo era un trozo inmaterial y estático
de la Eternidad.

Mucho más,
que la gran madre del linaje humano
ella gozaba ávidamente
el éxtasis eterno
y la paz inmovible.

Pero un buen día,
vino una serpiente sabia y astuta

y le ofreció cinco manzanas,
cinco manzanas,
en lugar de una, como a Eva.
Cinco manzanas
llenas de virtudes
nunca imaginadas hasta entonces:
Cuando mi alma
concluyó la primera manzana
empezó a ver la salvaje naturaleza;
al concluir la segunda manzana,
empezó a oír maravillosas músicas;
al concluir la tercera manzana,
a sentir el aroma de las selvas;
al concluir la cuarta manzana,
a tactar el terciopelo del césped,
y al concluir la quinta manzana,
recién, Dios mío,
se dió cuenta de que aquellas frutas,
ay, ¡tenían un sabor horrible y amargo!

En seguida mi alma,
pudo notar que no era ya transparente
y que una sombra moviase a su lado
y que algo así como una hiedra tentacular,
monstruosa, creciente y viscosa,

se le adhería para siempre
formándose poco a poco
lo que después se llamó
el cuerpo humano.

Ya era tarde
cuando pude comprender,
que las manzanas de la serpiente
eran los cinco sentidos.

EL HIJO REGRESA

I

— Madre, ya estoy junto al paisaje abierto
en la heredad de campo, labradora.
Mañana iré sencillo e inexperto
como antes iba, a contemplar la aurora. —

Oh! madre mía, soy feliz al verme
descansando en la dicha de tu abrigo.
Dame tu paz, si quieres que no enferme!
Y el pan aquel, tan rubio y de buen trigo!

Siembra virtud en las ideas mías
como en surco propicio, hermoso grano.
— ¡Déjame el alma en estos claros días,
rosa, como la palma de tu mano! —

Guyau, tuvo una vez en la montaña,
sensaciones estéticas bebiendo
fresco vaso de leche en la cabaña
de un pastor, lejos del humano estruendo.

Oh! madre mía, a quien mi amor reclama
la dirección de mi inseguro paso.
¡Llévame por la aurora hasta la cama
la leche blanca en transparente vaso!

II

La madre, con cuidado,
acercándose unciosa,
puso a mi lado
la tibia leche gorda y espumosa.

Amanece en el valle y la cuchilla,
y la brisa del campo que despierta,
penetra con perfume de gramilla,
por la ventana abierta.

Ávido de salvajes sensaciones
me asomo a la frescura matinal

y se ensancha la vida en mis pulmones
como la luz en templo inmemorial.

Pasa una vaca de actitudes tiernas
en cuya ubre triunfa todo el llano.
La ubre, de tan ancha, abre las piernas
del animal, que avanza con desgano.

Y en vuelo horizontal, las golondrinas,
rozan el trigo con sus alas finas...

APOLÍNEO Y DIONISIACO

Este señor tan gordo, que bebe rojo vino
y os mira con un gesto malicioso y cordial
es un viejo borracho. Su destino
se ha disuelto en la copa de cristal.

Es hombre bonachón y amigo consecuente
y al vino de su copa mezcla filosofía.
Si lo viera beber ajeno o aguardiente
Poe lo envidiaría.

Fué bella y apolínea su juventud gloriosa.
Pero hoy el hombre huele a sudor y a tabaco.
Una mujer lo puso en la senda penosa
que va de Apolo a Baco.

Su vivir, pues, resume un concepto nietzscheano
y es digno del amor y la alabanza.

Cuando muera tendrá, como un jarrón pagano,
un dibujo de sátiros y ninfas en la panza!

EL DIAMANTE

I

Volvería a besarte
sólo que te viera dormida
como anoche.

Cuando llegué a tu lado,
dormías un sueño tan profundo,
que te pude contemplar y besar
sin que me sintieras sólo instante.

Era tu cuerpo luminoso y perfecto,
como si dentro de él,
hubieran encendido una lámpara de ópalo.

Oh inefables momentos!
Yo levanté tus párpados.

Tu alma

apareció flotando a superficie
de tus ojos, lo mismo que una estrella
a flor de agua,
y subía a veces del fondo de tus pupilas,
como un pez maravilloso y multicolor,
de una mitología indostánica.

Me acerqué a tus labios
y escuché la canción nunca escuchada,
de un pájaro oriental
que me llamaba
desde la cárcel de tu garganta.

Me acerqué a tu pecho,
y oí una música de átomos,
una armonía preestablecida,
ascendiendo de tu corazón
como desde el fondo de una gruta suboceánica.

En aquellos instantes,
toda tu alma estaba a flor de tu cuerpo,
y eras, un diamante clarísimo desnudo,
con las transparentes luces,

que se difundían sin agotarse
jamás,
en forma de belleza, multánime,
por las aristas
y las facetas de tus sentidos.

II

Ahora, ya eres otra...
Me tienes a tu lado,
y me estrechas besándome,
y me perfumas con tu cabellera arábiga.....
Veo, oh desencanto!
el enorme cambio que se ha realizado en ti!

Así es que juro no besarte más,
hasta no verte dormida como anoche.

INVOCACIÓN DEL POETA A LA NOCHE

Noche, profunda noche, dame tu leche eximia
para llenar con ella la copa de las rimas.

Noche, pánica noche, dame tus uvas negras
para colmar el vasto lagar de las ideas.

Noche, orgullosa noche, dame tu ceño adusto
para imprimirle eterno carácter a mi orgullo.

Noche, insondable noche, dame tu sombra enorme
para estar defendido del odio de los hombres.

Noche, callada noche, dame tu astral semilla
para ilustrar el barro de la esperanza mía.

Noche, virgínea noche, dame tu himen perfecto
para arrojarlo al fondo de mi fe, y esconderlo.

Noche, cóncava noche, dame tu curva etérea
para hundir en los cielos las luces de mis flechas.

Noche, gallarda noche, dame tu pelo undoso
para llorar a solas ocultándome el rostro.

Noche, materna noche, acógeme en tu seno
para encontrar más pronto la aurora que yo espero!

Noche, gigante noche! tú me darás mi aurora.
Más que todos tus dones, quiero esa luz gloriosa!

Si no me das la joya que germina en tu entraña,
noche, egoísta noche, mejor no me des nada!

Ya te lamentarás, si no me satisfaces.
Ya te lamentarás por siglos a millares.

Oh, noche, pues, verán tu perenne desgracia
las esfinges que obstruyen el camino del alba.

Oh noche! Yo te invoco y dicto mi sentencia:
si no me das mi aurora, quedarás sin estrellas.

Pues rasgaré los bordes de tu urna invertida,
antes de tiempo! ¡Triunfe la eternidad del día!

CAMPO

I

Sacra cosecha en la opulenta loma,
recoge el hombre, sin mostrar fatiga.
Sube de la labor un acre aroma
por los maizales de apretada espiga.

Se acumula el maíz en inefables
días de otoño, lentos de trabajo.
Rubios cilindros, gemas incontables
llevad, hacia el granero, valle abajo.

Cantad como en el goce de las siegas.
Cantad como en los días de las bodas.
Si no están con vosotros, diosas griegas,
tenéis la voluntad: vale por todas.

Las espigas dejad en la alquería
y venid; que el poeta quiere daros,

para premiar vuestra labor del día
las manos llenas de racimos claros.

Pues él también con, trabajar sonoro,
halló en su corazón, semilla de oro!

II

Traedme vuestros vasos, campesinos
de la arisca geórgica natal,
para verter los vinos
de mi parra estival.

Tienen los patios de la casa vieja,
olor a uvas, fuerte y penetrante.
Uvas de carne lúbrica y bermeja,
uvas de las paganas libaciones,
óvalos de uvas claras de diamante,
y uvas moradas como los pezones
que coronan los senos de la amante.

Venid, que aquí sobre el sutil rastrojo,
exprimiré con emoción fraterna,
todo mi corazón, racimo rojo,
en vuestra copa rústica y eterna!

EL VENDIMIADOR

I

En la paz religiosa de la tarde,
un campesino oscuro,
cortaba los racimos de sus viñas,
al cielo arqueando los bronceos músculos.

Seguía su labor tranquilamente,
hasta agotar los opulentos frutos,
y su sombra movable prolongábase,
gigante, al lado opuesto del crepúsculo.

Era un Vendimiador.
Prosiguió su labor lleno de orgullo,
y ademán hierofante,
gozando la belleza de su culto.

Pero al ir a guardar un gran racimo,
 el más bello y maduro,
 y ya cortado el verdirrojo tallo
 se dijo con disgusto:

— ¡Es lástima! ¡Qué bello este racimo!
 Lo dejaré secarse entre los surcos.
 — Ved las negras hormigas, que a millares
 en él se extienden, como un cauce oscuro.

II

En la paz absoluta de la muerte,
 un hombre recio e hirsuto,
 ha de cortar, Vendimiador eterno,
 mi corazón como un racimo oculto.

Racimo del amor y la belleza,
 con grandes uvas de inmortales jugos,
 que exprimidas a tiempo nos darian,
 celestes vinos de armoniosos mundos.

Pero dirá el Vendimiador:

— ¡No sirve! —
 — Mirad las dudas, que en brutal tumulto,
 negras hormigas, corren a millares
 en su interior, como en un cauce oscuro!

CONTEMPLACIÓN DEL CUERPO DE AMADO NERVO

I

Fuí a ver a Amado Nervo,
y entré temblando en la mortuoria estancia.

No había nadie más que yo con él.

Amado Nervo estaba
rígidamente
cubierto por la albura de las sábanas.

Con mano trémula,
yo describí los velos, y ví la frente vasta,
la nariz aquilina, el labio inmóvil,
los ojos fijos, la anchurosa calva.

El cadáver tenía,
una herida en el cuello, suturada.
Yo seguí describiendo,
la tela, y pude ver las manos pálidas
en cruz,
y con pupila fraternal y amarga
miré aquel cuerpo escuálido, sin vida
todo desnudo en la mortuoria cama.

II

Desde lejos,
por la abierta ventana,
entre un rumor de cosas familiares
venía la luz diáfana
de la tarde impasible.
¡Qué tarde tan purísima y tan clara!

Sobre los muslos de una diosa azteca
rígido el cuerpo de indio descansaba.

Yo comprendí entonces,
que era aquel cuerpo sin valor, el ánfora

de greda quebradiza,
 que el Poeta al marcharse, nos dejaba.
 Ya que en el cielo abierto, ebria de azul
 oh perfume inmortal, libre de moldes,
 huía el alma.

Rota a mi lado, en el carnal despojo,
 la arcilla,
 — arcilla al fin! — ya no sonaba.

LEONARDO DE VINCI

I

Año mil cuatrocientos noventa, más o menos,
 Florencia. Media noche. Callaron los serenos

nocturnos y se fueron los últimos soldados.
 Alguien llega a la trágica plaza de los ahorcados.

Es un noble varón de elevada estatura
 que aprieta con el puño, la férrea empuñadura

de su espada, y camina con paso firme y lento,
 mientras su cabellera ondula bajo el viento.

Agitando una capa de terciopelo oscuro
 el caminante sigue con ademán seguro.

De pronto, nota un cuerpo que de la horca oscila;
 saca un puñal de oro y con mano tranquila

hiere la cuerda mismo donde el nudo se cierra
y cogiendo el cadáver lo arrastra por la tierra,

hasta un portal. Entonces, el oscuro ladrón,
no puede ya ocultar su gran satisfacción.

II

Deja al muerto en la mesa cuidando no hacer ruido,
y cortando la piel de aquel desconocido,

hace estudios de músculos, bajo una luz escasa,
mientras un gran silencio se condensa en la casa.

III

Pasó la larga noche.

Va a despuntar el día.

Aún Leonardo el Brujo estudia Anatomía.

HEBE

«Hebe escanciaba néctar, y ellos recibían sucesivamente la copa de oro y contemplaban la ciudad de Troya».

Iliada. — Canto IV.

I

Te llamamos Hebe,
tres jóvenes suramericanos, una noche
de fiesta y alegría estudiantil.

Recuerdas?

También ustedes eran tres muchachas.

Cuando las otras dos bailaban, tú, más joven,
mucho más joven y ateniense que ellas,
trajiste los licores y los vinos
en ovalada fuente de oro y plata.

Largo tiempo quedaste conmigo,
bebiendo juntos en la misma copa

y después repartiste para todos
—y aquí iniciaste una actitud alada—
los vinos rojos, de inquietud y gloria.

Por eso fué que te llamamos Hebe.

II

Ebrios de juventud, ¡bella ebriedad!
bajo la euforia ardiente del alcohol
nos creímos Dioses.

Pensar que yo juraba como Nietzsche,
— « ¡Hay que volver hacia los Dioses griegos! ».

Y mientras tus amigas se entregaban
al danzar dionisiaco,
tú, la más joven de las tres, me diste
el licor más secreto de tu vaso.

Desde entonces,
con mucho más motivo que los otros,
te llamo Hebe, mi divina Hebe!

SOLEDAD

I

Algunos estudiantes
de una universidad americana,
festejamos difíciles exámenes
en cordial compañía,
de muchachas que exprimen con nosotros
las uvas de Dionisos.

Una música,
pueril, deja llorar tangos o estilos
lentos y dolorosos.

Yo solo,
en un rincón, mirando las parejas
que bailan,
digo, entre sorbo y sorbo de champagne:

— Los otros,
se han conquistado todas las doncellas!

II

— Poesía: ¿ha de ser en ti lo mismo?—
Los otros, los juglares, se han llevado
la fama, la fortuna, las musas y las rosas...
— A mí solo me dejan,
un rincón ¡el más triste!, de la fiesta,
y una copa de oro
con vino de mi sangre, entre las manos!

PEQUEÑA CANCIÓN DORADA

— Tuve una novia rubia como miel...
Catorce años, juvenil frescura.
Pero duró muy poco mi ventura.
Tuve una novia rubia como miel.

Tuve una novia rubia como el trigo.
— Dice mi padre que escribir poesías
es oficio de tonto en estos días.
Dijo la novia rubia como el trigo.

Tuve una novia rubia como el sol.
— ¿Además de poeta, es estudiante?
— No es bueno que sigamos adelante —
dijo no lavia rubia como el sol.

Tuve una novia rubia como el oro.
 — Hoy qué lejos están sus blancas manos!
 Y sus ojos: ¡tan grandes! qué lejanos...
 Pobre mi novia rubia como el oro!

Rubia infantil que en mi recuerdo adoro!
 ¡Rubia de miel y trigo, sol y oro!

LA MUERTE DEL CISNE

— Nunca mujer alguna
 me ha inspirado belleza más profunda
 que esa gran bailarina, interpretando
 a Saint-Saens, en la danza...
 La esperaré en la calle para verla
 y renovar entonces sensaciones tan puras.

— Ni lo intentes, amigo: que lejos de la escena
 esa mujer ya no será la misma,
 ni tampoco tan bella como ahora.
 — Déjala,
 y te ahorrarás un triste desencanto.

— Nunca, nunca, una imagen,
 me ha inspirado belleza más profunda,
 que la divina imagen que se esboza

allá en lo más secreto de mi alma.

— La encerraré en mi verso ahora mismo,
para apreciarla juntos
y renovar entonces sensaciones tan puras...

— Ni lo intentes, amigo: que lejos de tu alma
esa imagen jamás será la misma
ni tampoco tan bella como ahora.
— Déjala,
y te ahorrarás un nuevo desencanto!

LOS DIMINUTOS PIES DE LAS DANZARINAS

Al principio,
más que las mismas danzas, me agradaba
mirar los leves pies de las artistas
girando velozmente en los ensayos.

Los diminutos pies,
musicales,
 aligeros,
 sutiles
vistos por el resquicio que hay debajo
del gran telón cercano de la música.

Eso,
era algo así,
como las rimas al final del verso
musicales,
 aligeras,
 sutiles,
que me agradaban más que el verso mismo!

LA LUZ DE OTRO SOL...

I

El biólogo,
tomó el liviano tubo entre los dedos,
lo contempló al trasluz,
y se quedó observando la colonia
microbiana, que algunos días antes,
había cultivado
en pequeño lugar de vida y muerte.

Satisfecho, sin duda,
después cogió una espátula de acero,
y colocó en experto movimiento,
una gota
de aquella multitud de seres vivos,
bajo las lentes de su microscopio.

II

En verdad, es terrible suponer
que Alguien, a pesar de nuestros héroes,
de nuestras ansias de inmortalidad,
de nuestros genios y de nuestras farsas.

— Algún Dios!
tomará con glacial indiferencia
a la gran colonia humana,
para mirarla
al trasluz de otro sol maravilloso!

Ah, para nosotros,
será motivo de mayor vergüenza.

¿Lo que verá después, si se siente curioso,
y coge con su espátula,
una gota no más, una gotita,
de ese cultivo,
y la observa un minuto
bajo las lentes de su microscopio?

LO MISMO

Si una mano invisible y portentosa
arrojara al oceano poco a poco,
toda el agua del Mar Mediterráneo
por el canal de Gibraltar, dejando
que una corriente igual se estableciera
por el Suez, niveladas ya las aguas,
nadie jamás percibiría el cambio.

Si una mano invisible y portentosa
arrastrara hacia el campo, lentamente,
por la ventana abierta, todo el aire
del cuarto en donde estudio, permitiendo
que otra corriente de aire penetrara
por la puerta, al final de la tarea
nadie jamás percibiría el cambio.

Si una mano invisible y portentosa
arrojara a la calle poco a poco,
a los locos que están en asistencia
en cualquier Manicomio, y permitiera
que entraran hombres por las otras puertas,
ni en esa casa, ni en la calle, nunca
nadie jamás percibiría el cambio.

LA ENERGÍA VIRGINAL

I

Desde hace algunos años paso las vacaciones en mi pueblo natal. Es la vetusta villa de anticuadas callejas y grisáceos casones, lo mismo que las sobrias aldeas de Castilla. El trato fraternal con la gente sencilla que me da su amistad, me sabe a maravilla. El ambiente es muy sano para meditaciones y vuelca frescas aguas sobre las sensaciones. Hasiado de las cátedras y las aulas famosas la salud colonial que fluye de esas cosas tan humildes, me deja el corazón sereno. De modo que en Estío, muy a gusto me paso libre de los científicos infolios, con mi vaso de leche y mi sabrosa ración de pan moreno.

II

Vuelvo a las patriarcales, mañanas aromosas. Tengo paz en la carne, suavidad en la mente. Albricias!: Un gran ramo de nardos y de rosas me ha traído la prima frágil y adolescente... Días claros, y lentos, como agua de la fuente. La carne se aletarga y no exige ni siente, y el espíritu, libre de versos y de prosas, se difunde en la esencia íntima de las cosas. Yo paso muy a gusto las siestas, reclinado sobre un viejo sillón histórico. La tía me repite las crónicas guerreras de otra edad. Ella siempre me espera con un parral colmado de uvas en Verano, y en Invierno me envía, sus doradas botellas de miel, a la ciudad!

III

Hay en las cercanías quintas de naranjales. Con un libro de versos en ellos busco amparo y me inicio en las fórmulas de estos nuevos rituales del campo, de los árboles, del cielo abierto y claro.

Sobre el dorso mullido de una loma me paro,
 y la gente me mira como a un objeto raro.
 Vibran bajo mi cuerpo las fuerzas naturales,
 los cauces panteistas, los influjos vitales.
 Veo ondular un rubio trigo que reverbera
 bajo la luz solar de la vasta pradera.
 Por mi camino rudos hombres vienen y van.
 Si a la entrada del pueblo unas viejas se juntan,
 parece que difíciles cuestiones se preguntan
 como las descarnadas brujas de San Millán!

IV

En estas excursiones por tierra americana
 ví tipos muy curiosos. Con andar triste y lento,
 por los pequeños pueblos llevan vida haragana
 bajo el palio magnífico y azul del firmamento.
 No recuerdan las gentes salidas del violento
 resplandor de barbarie que pintara Sarmiento.
 Indóciles y oscuros, frente a la tierra llana
 y virgen, son esclavos de una existencia vana.
 Desde el umbral del rancho miran al inmigrante
 que triunfa bajo un hierro de voluntad gigante.
 — « El instruirse es difícil y el trabajar es largo », —

parece que dijeran al flaco perro amigo.
 Y se pasan las horas hurgándose el ombligo,
 o más frecuentemente, tomando mate amargo.

V

Al mirar otros hombres de campo, he recordado
 el perfil inquietante de los moros. No hay duda
 ya que el alma bellísima del kalifa ha brotado
 de nuevo, en nuestra pampa libérrima y desnuda.
 Es la misma quietud contemplativa y muda,
 la rica fantasía y la intuición aguda,
 que emigraron a América en el siglo dorado
 de la conquista, en hábitos de monje o de soldado.
 Ayer no más, he visto un hombre formidable.
 Venía cabalgando en un bagual instable
 de galopar elástico y fuerte y férreo casco.
 Traía el gaucho oscura mirada inteligente,
 luenga y negra la barba, y el empaque imponente
 de aquellos fabulosos emires de Damasco!

VI

Fué un domingo lento, vacío, de campaña.
 Pidió albergue en la casa de mi abuelo, un pruebista,
 sucio y desmelenado. Iba a emprender la hazaña

de hacer bailar su oso dócil y equilibrista.
 — Es húngaro — dijeron las gentes. El artista
 mostraba en sus miradas una honda amatista.
 Era un triste y moreno tipo de tierra extraña,
 que en sí arrastraba el peso de la natal montaña.
 Danzaba el oso al son de un instrumento impuro.
 La gente de la estancia miraba al hombre oscuro
 y a la bestia, con aire curioso y picaresco.
 El húngaro cumplidos homenajes rendía.
 Y al ver que yo observaba sus maniobras reía
 feliz, hasta asustarme con su oso grotesco!

VII

He llegado de nuevo a los campos natales
 que guardan en secreto su inviolado tesoro.
 Y he visto revivir las fuerzas ancestrales
 de mi instinto, en el llano y en el bosque sonoro.
 Bajo mi mano joven, acentuó su decoro
 la corta y divergente cornamenta del toro.
 He vuelto hacia los bosques amplios y naturales
 y entre los viejos árboles hallé nuevos panales.
 Ya hace años que entramos en la selva, agitando
 la cabellera al viento de las pampas, gritando

con salvajes impulsos hasta quedarnos roncros.
 Oh verdad innegable de mi alegría justa!
 Entonces, oh qué bella mi niñez, tan robusta,
 como la miel dorada que hay en los viejos troncos.

VIII

Allá bajo la selva, por valle dilatado
 y en pedregal negruzco, se arrastra el Tacuari.
 Al fondo, Cerro Largo. Después; Guazunambi,
 — Guazunambi en indígena: orejas de venado. —
 Es la selva del bello terruño en que nació.
 Donde en mis entusiasmos jóvenes, conocí
 las hazañas y gestas del gaucho sublevado,
 de rebelde melena y *chiripá* bordado.
 Parece de Castilla la ciudad noble y parca,
 cuya gris perspectiva desde lejos se abarca
 rodeada por colinas de eucaliptus gigantes.
 La tierra huele a mieses, a frutos y a tomillos.
 Aún viven en los ranchos, sombras de los caudillos,
 sombras, tan sólo sombras, de los gauchos de antes!

ODA DE LA VOLUNTAD

I

Hijo rudo y esbelto de los bosques nativos,
que luchas con tu arco y tu carcaj,
Nemrod del cerro indígena!

— Dame tu voluntad!

— Jovial marino de azulados ojos,
que ágil te encaminas hacia el mar verdegay
con sed de arrebatarle las esmeraldas líquidas! —

— Dame tu voluntad!

— Vigía que en la cumbre de los mástiles,
con aire religioso escucharás,
mejor que nadie todas las planetarias músicas!

— Dame tu voluntad!

— Leñador,
que invades la amplia selva secular
y haces caer los árboles con tu hacha sonora!
— Dame tu voluntad!

— Subterráneo minero del Brasil o el Perú,
de oscura piel y cuerpo escultural,
que hablas con la esfinge junto a las hebras de oro!
— Dame tu voluntad!

— Obrero, que en las fábricas,
de este Montevideo del *rio como mar*,
realizas tu epopeya cotidiana y sencilla
— Dame tu voluntad!

— Tú, que te inclinas fuerte labrador,
sobre la parda tierra y vienes con un haz
de espigas en los brazos!
— Dame tu voluntad!

— Cacique agasajado por tus cincuenta indias
que sabes que los hombres blancos te robarán
tus tierras, y peleas y defiendes tu tribu!
— Dame tu voluntad!

— Inmigrante que llegas
con los ojos colmados de ambición pertinaz,
y aún crees que el oro corre por nuestros grandes ríos!
— Dame tu voluntad!

— Divino aventurero,
que remontas las vírgenes selvas del Paraná
o te hundes en la fábula del enorme Amazonas!
— Dame tu voluntad!

— Caudillo,
que llevas tu rebaño de gauchos a matar
en mil revoluciones anónimas y oscuras!
— Dame tu voluntad!

— Domador,
que en la piel sudorosa del bagual
hundes tu espuela y corres por los llanos de América!
— Dame tu voluntad!

— Maquinista, que alado como el Hermes helénico,
desenfrenas la rauda trepidación audaz
de los ferrocarriles en las pampas!
— Dame tu voluntad!

— Monje que vences la atracción del mundo
y eres cincelador espiritual
de ti mismo, en la sombra de tu celda!
— Dame tu voluntad!

— Estilista o filósofo, poeta o escultor,
que tenazmente buscas la gloria de crear
nuestro eterno poema o nuestro símbolo!
— Dame tu voluntad!

— Bello aviador que viste trepidar tu aparato
como una aguja loca frente a un monstruoso imán
cuando vadeaste el último picacho de los Andes!—
— Dame tu voluntad!

— Joven, hermoso joven estudiante,
que pasas a mi lado por el aula y te vas
dinámico hacia el vértigo del saber insaciable!—
— Dame tu voluntad!

— Hermano que en la noche,
frente a los microscopios te inclinas a observar
la hirviente muchedumbre de los microorganismos!
— Dame tu voluntad!

Y tú, que te entretienes, astrónomo, hasta el alba
 levantando en la sombra tu gigante ocular,
 hacia el espacio, como un frustrado artillero!
 — Dame tu voluntad!

II

Vosotros, fundamentos heroicos del futuro!
 Fuentes germinadoras de la América Austral!
 Hombres, todos, de urbes o de pampas
 de mares o de selvas:

— Quiero la Voluntad!

ODA DE LOS DISCÍPULOS

Llegó el momento en que el profeta,
 que predicaba la verdad,
 y se envanecía de los discípulos fieles innumerables,
 quiso saber por fin,
 hasta donde lo habían comprendido los hombres.

La ciudad de la prédica erudita
 y del bello pensar,
 estaba circundada
 por un muro infranqueable y limitante;
 y más allá del cinturón granítico,
 todo era sombra,
 sombra, sombra tentacular...

Cuando aquel Hombre,
 juzgó que la muralla que envolvía
 a la ciudad,
 era muy grande y férrea y se estrechaba

cada día más,
 como el diafragma de una enorme lente;
 cuando notó en sí mismo la presencia
 del ascua roja de los holocaustos,
 rompió el eterno muro,
 hasta abrir una brecha formidable
 y hecho esto,
 se lanzó corriendo hacia la sombra
 secular y envolvente.

Los discípulos vieron en la mortal tiniebla
 fosforecer un lampo de luz clara,
 que se alejó, y oyeron
 con temor, una voz muy familiar:
 — Seguidme!

— Seguidme!

— Seguidme!

Algunos de los discípulos
 se asomaron al borde de la brecha,
 y extendieron los brazos,
 huérfanos de vigor, hacia la sombra.

Otros,
 lloraron largamente aquella hazaña,

y se taparon las orejas,
 para no oír el grito que llegaba
 de lo desconocido.

Otros,
 recogieron fragmentos de guijarros,
 que el esfuerzo del héroe había arrancado
 del viejo muro,
 y se los llevaron por las ciudades
 para venderlos como fetiches.

Otros,
 creyéndose más audaces, se fueron a sus pueblos,
 a difundir las ideas
 y narrar el famoso sacrificio
 de *Aquel* que los guiara tantas veces.

Otros, en fin,
 trataron de tapar la oscura brecha,
 colocando pedruzcos a montones,
 hasta que al cabo de penosas décadas
 reconstruyeron el antiguo muro.

Todos, absolutamente todos ellos
 oyeron durante muchos años,

en el pozo de la conciencia
resonar aquel grito:

— Seguidme!

— Seguidme!

— Seguidme!

Y sostuvieron trágicas polémicas
y guerras larguísimas,
para dilucidar cuál de ellos
era el que guardaba
mejor las enseñanzas del Maestro.

¡Así corrió la sangre por campos y montañas!

Todos oían el — « Seguidme »! — en la conciencia...
¡Pero ninguno se arriesgó en la sombra!

ODA DE LAS TORRES DE MARFIL

I

Tornad a casa los que ya entonásteis
Himno Sagrado.

Horacio - Canto Secular.

Regresábamos todos silenciosos.
Allá, sobre el azul del horizonte,
después de caminar miles de días
pudimos ver las marfilinas torres.

Eran de luz las torres solitarias,
sobre el basalto oscuro de los montes,
llenos de selvas negras y peñascos,
blasonados de abismos y de cóndores.

Las dejamos un día para irnos
a compartir la vida de los hombres
y volvíamos todos en derrota
agobiados de insultos y reproches!

II

Y entonces, con palabra de mesiánico,
rompió un hermano aquel glacial silencio
y su voz condensó todas las voces.

— Volvamos a las torres, oh Poetas!

— Dejad al valle los tropeles torpes
gozando de sus trágicos deleites!

La humanidad, poetas, no nos oye,
sino que innumerables apetitos
fermentan como el vino en los mesones.

Los seculares odios contenidos
se exaltan en venganzas inferiores.
Rugen las plebes hambres o lujurias,
mientras naufragan en sangrientos choques.
Las muchedumbres suben a los tronos
y éstos se bambolean o corroen
arrastrando a la turba en su caída!

Los oprimidos, llenos de rencores,
alzan sus fuertes puños justicieros
y no piden verdades, sino apóstrofes,

mientras crugen las glebas vengadoras
generatrices de videntes proles!
Edad de lodo sigue a la de hierro,
los trigos crecerán en tierra pobre,
que anegados en sangre están los surcos,
se pudren de raíz robustos robles
y en las urbes, después de la masacre
la muerte, única ley, danza en las morgues!

Los césares que caen y los que suben,
ruedan hacia el « maelstrom », nidal de vórtices.
Nuestros cantos se pierden en la sombra,
oh Poetas! Volvamos a las torres!

Encendamos las luces en las cúpulas
sagradas. En lo alto de los montes
el silencio dirá los grandes himnos
que corearán las almas superiores.
Hilarán los telares del espíritu
con el oro sutil que dan los orbes,
un vestuario talar para nosotros
y sólo así, bajo las largas noches
que nos esperan, en quietud podremos
rimar los cosmogónicos acordes

con el hondo sentir del alma humana,
de la que somos hoy los sacerdotes.

La quieta paz, libertador oasis,
que en nuestra cima inalterable, absorbe
como una esponja, el zumo de los astros
será propicia y leal a nuestros goces.
Y la serenidad, madre del estro,
que está en el flanco mismo de los bloques
de granito y que integra la montaña
sobre la cual se afirman nuestras torres,
llegará al interior de nuestras obras,
y triunfará en los cantos multiformes!

Alcemos nuestras lámparas, Poetas
hacia el cóncavo azul, en los bastiones.
Descifraremos el plural lenguaje
de las esferas, y en las amplias moles
que nos circundan, alzarán las selvas
su orquestación de alondras y leones,
respondiendo a las músicas astrales
con resonantes rústicos oboes,
ocultos en el fondo de los árboles
y en la ebriedad del éxtasis, entonces
seremos como arpas interpuestas

entre el coro perfecto de los soles,
y la voz más profunda de la tierra;
y el éter vibratorio que recorre
ese camino, arrancará en nosotros,
himnos que llenarán los horizontes!
Escuchad, otra vez, grandes Poetas:
Himnos para llenar los horizontes!

Nuestras almas, talladas en diamante,
filtrarán el destello que los dioses,
mandan a los mortales. Nuestras casas,
libres de los gruñidos del mediocre
y la concupiscencia de las gentes,
tendrán la beatitud de las mansiones
celestes! Escondido en lo más íntimo
de nuestro corazón, estará el cofre
que ocultará las diáfanas preseas,
joyas de los artifices creadores
de los estetas y los lapidarios!

Seremos los celosos guardadores
del pensamiento humano; eterna herencia
que Prometeo les legó a los hombres
y que éstos mancillaron o vendieron.
Lo guardará nuestro cerebro prócer,

para que allí se libre del pillaje
y adquiera nuevo timbre y se remoce,
al confundirse con la estirpe nuestra,
igual que el vino de los viejos odres,
que vuelve a sus virtudes primitivas
al contacto vital con vinos jóvenes!

Penetremos oh, artistas, al santuario
para esperar a que el Ideal retorne!
Que pasen años y años, y las lunas
alcen mil veces sus doradas hoces!
¡Las almas, templos de vestales vírgenes,
aguardarán en el silencio enorme,
la llegada del Dios, cuya presencia
fecunda y crea con un leve roce!

No será nuestra ausencia huida estéril,
ni estaremos jamás de espectadores
infecundos, en medio del orgullo
impasible que tienen estos montes.—

¡En un silencio superior aislados,
forjaremos las obras que los hombres,
vendrán a venerar, cuando sean dignos
de penetrar en las ebúrneas torres!

Allí estarán los cultos peregrinos
de remotas comarcas y regiones
mitológicas.

Todos congregados;
allí el artista de preclaro nombre,
allí el pintor de extáticas pupilas,
allí el músico, mago del acorde,
allí el poeta, espigador de rimas,
allí el hirsuto flechador de cóndores,
allí los que aman las antiguas danzas,
allí el sabio que ahonda en los crisoles,
allí el descubridor de continentes,
allí los moldeadores de los broncees,
allí el burilador y el ingenioso,
allí el devoto del divino goce
de contemplar los astros y las nébulas,
allí el que triunfa en las arcillas dóciles,
y los ungidos por la luz febea,
y los profetas de las religiones!

Las torres de marfil, serán sonoras
bóvedas para insignes creadores.
Inaccesibles cúspides aligeras
en sus agujas se herirán las noches!

Llenas de luces sobrenaturales
 alumbrarán las sendas hacia el norte,
 y el sur, hacia el oriente y el tramonto,
 para dar su esperanza al galeote,
 para infundir la fe en los oprimidos,
 para guiar a las múltiples cohortes
 de las glebas indómitas y fieras,
 y decir a los mudos Laocoontes
 que esbozan balbuceos milenarios,
 que allá donde ejercitan sus galopes
 los raudos vientos de las cumbres ásperas,
 están los claustros de marfil, insomnes,
 y desvelados en forjar ideales,
 y que aquellos palacios aisladores
 son los únicos solios de la tierra
 en donde la verdad no se corrompe!

Ya siglos hace, tras el limbo bárbaro
 de la Edad Media, los oscuros monjes
 que guardaron ocultos en sus celdas
 los legados de Grecia, los blasones
 del paganismo, al naufragar Byzancio
 en poder de los turcos vencedores,
 emigraron a Italia y difundieron
 en épocas de sangre, y fuego y bronce,

la unánime embriaguez de arte humanista
 del gran Renacimiento!

¡Que estos montes
 en donde se cimentan nuestros claustros,
 hoy sean los santuarios salvadores:
 del Humanismo el secular resguardo,
 de la Belleza, los sellados moldes!

Nosotros, en los siglos venideros,
 cuando se aquiete la canalla innoble,
 cuando se calmen las distintas razas
 y den olvido al criminal deporte,
 daremos a los hombres, el tesoro
 que supimos guardar en nuestras torres! —

III

Ya al pie de los gigantes monumentos,
 la voz que condensó todas las voces,
 se apagó.

Y nos volvimos hacia el valle.
 Desde el umbral de las tranquilas torres,
 miramos hacia atrás. ¡Igual que hormigas,

aquellos que creíamos apóstoles,
 seguían impulsando a sus jaurías
 en formidables círculos atroces,
 y allá en el llano con brutal tumulto
 proseguían abriéndose los goznes
 de los odios!

Formaban los mortales
 apenas una mancha oscura e informe!...

Y qué pequeños eran!... En la cumbre
 no oímos ni sus ayes ni sus voces.
 La madre tierra, muda los ungió
 bajo el azul, con el dolor de Niobe.
 Ah, pero en los pueblos y los campos
 no abandonaron su furor, los hombres!

Nosotros, les enviamos un sollozo...
 ¡ Después, entramos en las altas torres!

PALABRAS

... Preocupaciones de perfección en la estructura formal por un lado, de superación por otro, y una disciplina esencial que me obliga a colocar en orden muchos estados de alma, de bastante pureza, que aparecían empañados o flotando entre elementos confusos, me han determinado a publicar esta selección en la forma que lo hago ahora.

Quedan explicadas de ese modo las modificaciones que ha sido necesario introducir en muchos cantos, la total eliminación de varios que en el tiempo me parecen no realizados, así como la inclusión de algunos elementos de otras colecciones.

Siendo, pues, ésta la forma del libro alcanzada en plenitud, debe ser tenido como un anticipado plan esquemático del mismo, el conjunto de poemas que se publicó en el año 1919.

Laus Deo.

ERRATA

Página 109.

El último verso es así:

« Dijo la novia rubia como el sol »

ÍNDICE

	<u>Página</u>
El Halconero Astral.....	5
Verdadera Imagen.....	9
Perfección de las Pampas.....	12
Palos Telefónicos.....	14
El Astro Errante.....	16
Eros.....	18
El Grito.....	20
Balada de la Copa de Cristal.....	24
La Amatista.....	27
Los Nuevos Poetas.....	30
Los Caballos de Elberfeld.....	32
La Gruta.....	34
Los Dos Buscadores de Perlas.....	36
Una Mujer en la Calle.....	38
El Fruto.....	40
La Clepsidra.....	42
Nada.....	47
Las Garzas.....	49
Hacedores de Oro.....	52
La Fuente Virtuosa.....	54
El Viaje.....	56
Descensos en las Minas.....	58
La Gran Felicidad.....	60

	Página
Meditación Junto al Mar.....	61
Yo.....	63
Creo.....	65
La Lámpara.....	67
El Tirano.....	68
El Canto del Alba.....	70
Amanecer en el Campo	73
El Insecto.....	75
La Alondra.....	77
Cantar de Eternidad.....	79
Las Manzanas.....	82
El Hijo Regresa.....	85
Apolíneo y Dionisiaco.....	88
El Diamante.....	90
Invocación del Poeta a la Noche.....	93
Campo.....	95
El Vendimiador.....	97
Contemplación del cuerpo de Amado Nervo.....	100
Leonardo de Vinci.....	103
Hebe.....	105
Soledad.....	107
Pequeña Canción Dorada.....	109
La Muerte del Cisne.....	111
Los Diminutos Pies de las Danzarinas.....	113
La Luz de otro Sol.....	114
Lo Mismo.....	116
La Energía Virginal.....	118
Oda de la Voluntad.....	124
Oda de los Discípulos.....	129
Oda de las Torres de Marfil.....	133
Palabras	143

AGENCIA GENERAL DE LIBRERÍA Y PUBLICACIONES

25 de Mayo, 577 - MONTEVIDEO

1925

Publica la

SEGUNDA EDICIÓN de

EL HALCONERO ASTRAL Y OTROS CANTOS

DE

EMILIO ORIBE



Por los elementos informativos que puedan suministrar y por haber servido de pretexto para ciertos problemas y definiciones, creemos oportuno transcribir los siguientes párrafos de algunos comentarios a que dió lugar la aparición de "EL HALCONERO ASTRAL", en 1919

De EUGENIO D'ORS

Sr. Emilio Oribe.

Distinguido señor y amigo: Acabo de recibir y he leído ya muchos de sus poemas. La nota agudamente moderna, que no teme ni la palabra abstracta ni la sensación urbana, es lucidamente recogida y puesta a contribución por usted.

Esto mismo le ha permitido inscribirse en la tradición intelectualista, que es la buena. Sus emociones son articuladas y usted, aunque conoce, hace bien en despreciar, en las noches estériles, ese vago canto «de los palos telefónicos» — que es el canto de lo Inconsciente, es decir, el canto del Oriente — el canto de la Anarquía — la muerte del Arte.

Le estrecha la mano

Eugenio D'ors.

Barcelona, 4 de Noviembre de 1919.

* * *

De CARLOS REYLES

HARAS REYLES

Lobrería

F. C. S.

Sr. D. Emilio Oribe.

Joven poeta: acabo de leer los versos briosos y elegantes de su libro. Hay en ellos poesía, sentida emoción, sangre moza, arrogancia, orgullo, ese néctar que, según el diabólico y divino Baudelaire nos hace semejantes a los dioses. Su talento me convence, su arte me cautiva. Y ahora, después de esta cuasi amorosa declaración, me permite usted un consejo de compañero de armas? Sea sincero, busque desigbradamente la expresión justa, eche al canasto todo lo que no considere perfecto y original y pronto las Musas serán sus humildes siervas.

Suyo.

C. Reyles.

Diciembre, 31

* * *

De GABRIELA MISTRAL

LICEO DE NIÑAS

DE

PUNTA ARENAS

Emilio Oribe.

Su libro me dice muchas cosas, i mi tiempo es tan angustiado (1).
Le prometa una larga carta sobre él. Quiero sin embargo, decirle, que me maravilló saberlo tan joven. No hai en su obra las incorrecciones, la falta de

(1) He venido a reorganizar un liceo hecho un caos

buen gusto, lo burdo i lo inferior, de lo que el mejor no se libra a los 20 años. Un prodigio haber alcanzado a su edad tal altura, tal mesura, tal sentido perfecto de la armonía! Es el libro de un poeta sabio

Y todo lo demás de que le hablaré en Enero, — vacaciones — es tanto! — la emoción, la hondura de pensamiento.

Escribame mientras.

Un abrazo para Parra del Riego i para Vd. mi mejor, mi más leal fraternidad artística.

Gabriela Mistral.

* * *

Señor Emilio Oribe :

He leído el ejemplar de su libro *El Halconero Astral* que usted tuvo la gentileza de hacer llegar a mis manos. Algunas de sus composiciones « Yo » y « El Tirano », por ejemplo, me han interesado vivamente, pues la sensibilidad y el pensamiento se te presentan como polos enérgicos y contradictorios. Considero « El Diamante » y « Apolinéo y Dionisiaco » como obras maestras, que se tocan entre los mejores versos que he leído entre estos últimos tiempos. Debo confesarle que la lectura de su libro me ha revelado un temperamento poético de fuerte originalidad que palpito y lucha, por afirmarse aún mismo en aquellos momentos en que parece más abrumado por lamentables imperfecciones de gusto y de forma, como en « Las Garzas », « Las Madres » y « Los Degernerados ». Desde luego posee usted la fuerza de creación ideal que no le ahorrará peligros, pero que le reserva, estoy seguro de ello, grandes destinos. Se aparta usted de la vulgaridad mortificante, busca ambientes nuevos, sendas inexploradas, y sabe descubrir hasta sobre la mesa de cirugía, en el misterio de la clínica, la eterna belleza y la gran intensidad del dolor humano.

Le ruego acepte mis más sinceras felicitaciones por su bella obra.

Adolfo Agorio.

* * *

Hay en Montevideo, un poeta personal y múltiple, que en su breve peregrinación hacia la « escondida senda » ha regresado ya con las manos llenas de trinos y de estrellas.

Adorador del mármol clásico de José Enrique Rodó y de la niebla de morfina de J. Herrera y Reissig, este poeta estudiante ha escrito más de un verso maravilloso, adunando a la eurtimia griega del ánfora, la frescura original de su alma, en el momento claro de la serenidad; o reforciendo sus nervios en crispaciones de locura, o estrujando el racimo rojo de su cotazón, en la hora negra de la tragedia.

Emilio Oribe realiza en este libro el ideal del poeta moderno: su canto es una polifonía, todas las voces vibran en él, buscándose, confundándose, compenetrándose. No podrá acusársele de monocordé: es un poeta total.

Revista *Juventud*. — Santiago de Chile.

* * *

Mi querido poeta :

¡ Con cuánto cariño y admiración he leído su *Halconero Astral* !

Conocía los meses doradas de su *Castillo Interior*, maduras en la beata lentitud de la meditación y del silencio. Su voz de ahora, más humanizada, más viva, más cordial, me ha hablado del gran poeta que hay en el buen amigo desconocido.

Usted ha sido generoso con su envío; él ha llenado de luz mis horas nebulosas

Sus fuertes poemas americanos, sus sentidas y diáfanas parábolas todo, todo su libro, me han dado fuertes y nuevos sacudimientos de belleza. Algo de ello dije en *Juventud*.

Siga usted, mi querido amigo por su clara y nueva « escondida senda » y día a día acercará la admiración de quienes hemos saludado con simpatía cordial e intelectual su gloriosa alborada.

Suyo.

R. Meza Fuentes.

* * *

Con un afán, tal vez no exento de tortura, se ha consagrado a explorarse, en el empeño feliz de sacar de sí mismo, como un minero de su propia alma, los acentos y las sensaciones de su poesía, que por ser cosa extraída a golpes de esa atormentada ansia de hacerla, lleva el sello inconfundible de las emociones meditadas, de los sentimientos analizados, del trabajo cerebral, en una palabra, disimulada a veces bajo la apariencia de una ingenuidad sin cuidados ni preocupaciones formales. Intelectualiza, y hace bien, porque ello responde a su temperamento, a su modalidad, a su textura lírica. Y es por eso que su obra, no obstante ser un poco desigual, da la impresión edificante de una noble construcción del espíritu, avalorada por un permanente deseo de arte puro y elevado. Domina el instrumento que tañe. El verso es en sus manos, con la variedad caprichosa de las formas modernas, un medio apto a la expresión de todas las visiones de sus ojos ávidos de panoramas, de todas las concepciones de su intelecto y todas las vibraciones de corazón, en el cual, según nos lo dice bellamente, pesca perlas ocultas... Y con un sentido muy actual de los moldes poéticos — que ya no son moldes en realidad, sino proyecciones formales y dúctiles de la idea expresada — canta todo lo que ve, todo lo que oye, todo lo que siente.....

... Su último libro *El Halconero Astral* es un delicioso desfile de episodios íntimos, de confidencias, de cuadros y de parábolas filosóficas, en el que, mientras los certeros toques descriptivos suscitan el relámpago de la sensación, las evocaciones mentales abren el alma a largas perspectivas de meditación y de silencio. En todo descubre Oribe la poesía esencial, que aguarda el conjuro

mágico para remontarse desde la objetividad de las más áridas exterioridades prosaicas al plano de las más radiosas sugerencias ideales.

Anales de la Facultad. — 1920.

Emilio Frugoni.

* * *

En *El Halconero Astral* tiene Oribe otra composición del mismo corte que puede aparecerse en yunta lírica con «El grito». Se titula «Palos telefónicos», y acerca de ella, sólo podría repetir las sucintas consideraciones hechas sobre la primera, agregando que es uno de los mayores méritos del poeta esa «sensibilidad pensadora que descubre, en la realidad circundante y vulgar, los valores ideales, para trazar con ellas imágenes y símbolos de la vida interior. Verdad es que estos «Palos Telefónicos», no son todo lo rítmicamente poéticos que sería exigible en cuanto a la construcción escáfrica; pero, la composición es en sí misma, tan sustancialmente lírica, su concepción es tan hondamente estética, que puede prescindirse de aquel defecto, — démosle de barto, — ya que la poesía de dentro comunica vibración musical a la estrofa. Si no es enteramente verso, es, indudablemente, poesía, y de la más pura.

* * *

Actualmente, Emilio Oribe, marcha con paso solitario y audaz, hacia la plena madurez de su talento; pero, porque no sigue la trillada senda, ni presta oído a las fanfarrias del éxito sino «al redoble de un tambor lejano»; camina al borde peligroso de rápidos declives, que pueden conducirle a la anulación de sus facultades de poeta. Si el cerebralismo razonante continúa dominándole en progresión — según su actual tendencia — podríamos tener en él a un escritor filosófico, por cierto muy interesante: pero se habría malogrado un poeta. Si su conciencia le llama por ese camino, sígale. Es la única voz que debemos obedecer. No nos oponemos a ello ni le conceptuamos de menos valor. Pero, porque tenemos en alta estima al poeta que hay en él — preferiríamos verlo reaccionar contra las tendencias que amenguan su lirismo — y que se impusiera, libre ya de toda traba y todo peso, ese temperamento sensitivo y meditativo que traslucen sus ojos dulces, de niño, y su frente taciturna, sobre la que cae la crencha indígena y rebelde.

Alberto Zum Felde.

Del libro *Crítica de la Literatura Uruguaya*. — Pág. 320 y sig. — 1921.

* * *

Este libro, único de su autor que conozco, me muestra una de las individualidades más favorecidas del don poético en nuestro mundo literario. Emilio Oribe es un escritor muy distinguido y su obra merece más que la frivolidad de un elogio sin condiciones. Hablaré de ella, pues, abriendo el corazón a las emociones de poesía que consigo trae, diciendo por qué se ha prolongado sim-

páticamente en mi espíritu la vibración musical de muchas de sus estrofas. Pero también fijaré lo que en otras noto de inarmónico y disonante...

El eterno contraste de la vida y de la muerte, la lucha de la ciencia contra el dolor que tiene por teatro los sitios a que nos conduce Oribe, ofrecen al artista capaz de sentirlos, visiones de una intensidad como ninguna punzante y desesperada. Materia infinitamente dolorosa, infinitamente poética. Pero en los versos de Emilio Oribe, cierto tono casi lírico, notable sólo por el léxico, suele desvirtuar la emoción lírica.

Páginas hay también en el libro en las que se columbra la visión poética del terreno. Porque, este espíritu complejo de Emilio Oribe, en el que se cruzan los ecos de varias modalidades modernas, no es el de un desarraigado,

Los versos de «La Fuente Virtuosa», junto con otros muy personales que señalaría sino fuera mejor dejar al lector el deleite de hallarlos por sí mismos (como el «Nocturno», «La Oda de la Voluntad», «Perfección de las Pampas, etc.) son los que más me place del libro.

Es el libro de un espíritu joven y serio, que busca aún a tientas su rumbo entre la dispersión espiritual de la época moderna.

Del libro *Crítica y Arte*. — 1920. — Pág. 231.

Gustavo Gallinal.

* * *

A nuestro juicio *El Halconero Astral* revela una hora de transición o de renovación en la vida del poeta. No ha olvidado del todo su antigua religión parnasiana, pero es evidente su inclinación hacia los poetas novecentistas, a los cuales, con adhesión fervorosa, dedica su libro.

Y ha dicho bien adhesión fervorosa, tan fervorosa que a nuestro entender hubiera ganado Oribe si con menos idolatría sintiera la atracción de esas modernas tendencias literarias.

Porque no es posible cambiar las cualidades esenciales del verso y creer que con dividir las frases en períodos más o menos antojadizos se hace poesía. Reconocemos que a veces, sobre todo hecha por un poeta verdadero, hay cierta vaga musicalidad, cierta asimetría armónica, si se me permite la expresión, en esa manera de escribir; pero sostenemos que si todos hicieran igual cosa y a esto se llamara verso, la palabra prosa estaría demás en el diccionario.

Y así es Oribe, multicolor, vario, paradójico, pero siempre poeta, es decir, ungiendo todo lo que toca con ese brillo fascinante de aquello que ha pasado por el tomiz de la emoción.

Si se nos pidiera alguna modalidad singular de este lírico, nosotros la hallaríamos en su facilidad para exteriorizarse en símbolos y alegorías, siempre de noble estructura poética y de íntima consonancia con el pensamiento que los anima. Pero, al revés de los simbolistas puros para quienes el no revelar el sentido de sus versos, a veces enigmático hasta para ellos mismos, es la regla y el encanto de esa escuela por lo que sugiere en la imaginación de cada cual,

Oribe nunca deja de desnudar por entero su pensamiento, como ante el temor de no ser comprendido o de que lo bastardearan al quererlo descifrar.

José María Delgado.

Revista Pegaso.

* * *

Emilio Oribe fué para nosotros uno de los más interesantes espíritus de artistas que componen libros en el Uruguay. *Las Letanías Extrañas* y *El Castillo Interior* han dado notoriedad al vate fuera de su país. Hace poco, el eminente crítico don Julio Cejador, aludiendo a "la" literatura de esta banda del Plata, citaba a Oribe como una de las más fundadas esperanzas. Su más reciente libro *El Halconero Astral*, merecerá servir, a nuestro juicio, de consagración definitiva.

Porque si bien es cierto que agrupa composiciones un tanto desiguales, atendiendo su valor artístico, resulta indiscutible que encierra aciertos que no siempre Oribe va a poder superar. Nos abstendremos de transcribir fragmentos del volumen, con lo que la sensación iba a ser incompleta y el libro seguiría volutando indiferente para la persona que nos lee.

Con los años, Emilio Oribe va consiguiendo un difícil dominio de la ironía. Se aleja, pues, de los poetas plañideros, con mucho de cursi y no poco de mujer histérica. Su sonrisa aunque dolorosa, es digna de este siglo en que « nos reímos de todo para no llorar como todo » como hubiera escrito Larra.

En *El Halconero Astral*, hay odas y algún poema de apreciable dimensión que permiten ver el vigor y la vena lírica del poeta. Nosotros preferimos, sin embargo, las breves páginas henchidas de sensaciones, páginas donde las palabras brillan como las gemas de un bien cincelado aderezo.

Vicente A. Salaverri.

* * *

Obra sana, obra nueva, obra fuerte. Tres conceptos básicos que levantan el triunfo del libro de Emilio Oribe, poeta contemporáneo de los nuevos caminos que puede llevar dignamente la representación del parnaso en cualquier centro de cultura del habla castellana. Obra sana, porque la engendra la sinceridad, única fuente de moral; única luz, ennobecedora del poeta.

Obra sincera, es obra sana.

Obra nueva, porque el castillo interior del poeta solitario y grande, se enciende por dentro, se ilumina por las noches, con ignoradas lámparas maravillosas, recién arrancadas al tesoro de las profundidades o al lejísimo ritmo astral que persigue el halconero divino: el espíritu.

Los peregrinos solitarios siempre recogen alguna huella nueva: la del astro; la de lo último sombra en la montaña o la del último camello en las arenas.

Ha descubierto novedosos fantasmas y ha cazado buenas presas humanas, profundamente humanas desde su torre de marfil.

Es también, obra fuerte, porque el vuelo hacia la originalidad, impulsado

por lo sincero del sentir, ha mantenido en lo alto del ensueño, sobre el peñasco de la realidad y en los dominios de la intuición, todo el temple del acero filoso manejado por brazo experto y certero; toda la serenidad del alma familiarizada con lo maravilloso y todo el avasallante empuje de la obra tenaz.

Es obra sana, nueva y fuerte. Fuerte sí: que muchas de las composiciones de *El Halconero Astral*, dicen más, valen más, que multitud de libros de versos de autores contemporáneos, que no tienen de poetas sino el uso y abuso de la retórica.

Lucio F. Castellanos.

El Telegrafo. — 1920.

* * *

Si por « Novecentismo » se entiende, en poética, seguir una ruta fijada de antemano, se cae — nos parece — en un error lamentable. El Arte, — agreguemos — en cualquiera de sus manifestaciones, no debe, no puede tener escuelas. Es una expresión completamente libre, donde el espíritu del artista graba una huella original. Pero, si por « Novecentismo » se comprende abrir al Arte nuevos y variados horizontes, sea « aquesto » bienvenido, no como una reforma precisa, sino como una ampliación indefinida.

Nos sugiere lo expuesto, un hermoso libro de poesías aparecido hace ya algún tiempo, cuya lectura ha fijado nuestra atención. *El Halconero Astral* se intitula, y es su autor el poeta Emilio Oribe. Libro de carácter renovador no creemos, sin embargo, que su autor haya pretendido con él marcar un rumbo, sino más bien, dejar establecida, una sentida necesidad de expresar la belleza, prescindiendo de tiránicos preceptos, que pudieran entorpecer la creación del artista. En ese sentido y creyendo no equivocarnos, aplaudimos espontáneamente, tan virtuoso atrevimiento.

Viene, el libro que nos ocupa, dividido en cuatro partes, a ser: « La canción múltiple », « La siembra sagrada », « Motivos de estudiante » y « Nuevas odas y poemas », respectivamente. Conjunto armónico pleno de nuevas ideaciones, que nos presenta a un poeta nato, de suyo originalísimo. En efecto, Emilio Oribe nos revela en este su libro, de una extraña modalidad no exenta de belleza, novedades artísticas — si así puede decirse — que no han querido o no han sabido ofrecernos otros poetas, fuera de un núcleo reducidísimo, a cuya vanguardia se ha colocado — entre nosotros — ese otro vate de moderna rima que es Fernán Silva Valdés. Saturada de un paganismo seductor, la musa de Emilio Oribe, llega a entusiasmarnos en su continua variación de imágenes luminosas que viven y se agitan en las páginas del libro. Porque es eso cada verso: una imagen, y una imagen que nos conmueve y asombra alternativamente.

José María Barreto.

Germinal. — Montevideo, 1921.

* * *

... El autor de *El Halconero Astral* ha tenido siempre la bella preocupación de pensar, en el verso; ha creído ver en la estrofa, un hermoso vaso, donde verter las mieles del pensar profundo y grave.

Un loable afán, un ardiente anhelo de perfección intelectual, de una mayor conquista sobre sus propias facultades creadoras, se adivina en todas las obras que ha producido este joven y ya consagrado talento poético.

Dulce evocador de la belleza, intérprete de emociones íntimas y de sueños superiores, Emilio Oribe, renueva en nosotros, el encantado espectáculo de aquellas almas — ¡sus hermanas! — ungidas por la resplandeciente deidad, con la gracia divina del canto y que se ostentaban ante la admiración de los hombres, con la frente ceñida por una guirnalda de frescos jacintos...

Wifredo Pi.

* * *

El Halcónero Astral, es el título del último libro de este poeta. Lo primero que notamos al entrar en él es su despreocupación de los viejos moldes. Su verso sería la mejor prueba de lo que Max Enriquez Ureña llama en un interesante estudio « el ocaso del dogmatismo literario ». Oribe logra hacer versos muy bellos a pesar de que los escribe con desdén de todo criterio ortodoxo. No es que aplaudamos todos los intentos del poeta, ni que todos nos parezcan aciertos. Pero como es nuestra norma juzgar la obra ajena sin decir cómo la quisiéramos hacer nosotros no estamos impedidos de aquilatrar las bellezas que describimos en *El Halcónero Astral*.

Se acusa a Oribe de ser un poeta frío, queriendo significar con esto que no hay en sus versos calideces de vida, palpitación de sentimientos, latidos de emoción. Estamos, efectivamente, ante un poeta que no se caracteriza por la emotividad. Pero esto ¿ es un defecto? « Te golpeas la frente leyendo a Lamartine; golpéate el corazón que ahí está el genio ».

Una idea así expresó De Musset. El genio, pensamos nosotros, está tanto en el cerebro como en el corazón, permitiéndonos localizar así pensamiento y sentimiento. Nietzsche, negación del sentimiento, fué genial. De Musset también lo fué. Y también fué extraordinariamente genial Goethe, síntesis soberbia de sentimiento e idea.

Oribe, suele descubrirnos sus sentimientos; pero éstos aparecen como tamizados por su cerebro. De aquí que no produzcan en nosotros esa emoción íntima e intensa que nos causan otros poetas ofreciéndonos directamente sus emociones, abriendo sus corazones como un cofre, para que extraigamos de su fondo las perlas que Oribe va a pescar, cautelosamente, en el suyo.

Es bajo el aspecto ideológico cuando piensa y medita, que Oribe nos presenta mejor sus cualidades de poeta. Nos gusta en él la belleza de los conceptos que expone con gran dominio del verso. Preferimos una reflexión suya sobre la dolorosa situación del poeta — pongamos por ejemplo — que un acento quejumbroso ante su soledad o su desesperanza. Aquí, no nos conmueve, allí nos conyence. Ante sus quejas quedamos impasibles: no logra contaminarnos su dolor. Ante sus pensamientos le seguimos complacidos por los senderos de belleza que nos descubren...

Por esta característica suya es que nos parece que Oribe está bien adop-

tando la forma más empleada por él. En el verso libre su pensamiento se desenvuelve lógica, naturalmente, sin trabas, no sucediendo lo mismo cuando el ritmo o la rima altera con sus inevitables exigencias ese fácil desarrollo. Creemos sinceramente que la búsqueda de la palabra que ha de rimar, desmerece el verso en toda la obra de este poeta, acaso por su excesivo afán de selección que le resta espontaneidad a la estrofa. Fácil nos sería probar lo dicho; pero necesitaríamos un espacio con que no contaríamos; fácil nos sería también probar cuánto gana el lector, si Oribe nos ofrece en verso libre, los bellos conceptos de su numen. Y de que las bellezas de pensamiento no faltan en su libro, nos convencen las composiciones tituladas « La Gruta », « Pescadores », « Nada », « Las Garzas », « Hacedores de Oro », « Meditación junto al mar » y tantas otras.

Mario Menéndez.

La Mañana. — 1920.

* * *

Y Emilio Oribe, si yo no he perdido todo sentido de la poesía y de la belleza, me parece una límpida alba en esta primavera nueva de poesía uruguayana.

¿ No has notado, hermana mía, el ímpetu con que éste joven se ata a la cabellera flotante de su Musa, y la sujeta, y la lleva consigo trepando con arranque magnífico las cumbres del arte?

Creo que de las composiciones poéticas contenida en su último volumen *El Halcónero Astral* (no conozco los precedentes) la poesía que he traducido sea la más difícil de verter en otro idioma. Yo sé lo poco que valen mis traducciones y por lo tanto obedezco a ese mi capricho de buscar lo difícil; me parece que eso dignifica un poco mi trabajo; pero hay en el volumen cantos que quizá sean superiores a ésto, por movimiento lírico, riqueza de imágenes, fuerza de pensamiento.

Algunas hay que casi me atrevería a decir que son feas; pero yo podría equivocarme, pues mi juicio esdrifa más en la versificación que en el contenido.

¿ Qué quieres? Soy viejo. No entiendo a Debussy, no entiendo los ritmos polifónicos de estos poetas futuristas.

Podemos pararnos. Tú has notado que hay versos de toda medida. Eso Emilio Oribe lo hace amenudo. No pierde el tiempo en contar las sílabas; hace los versos como mejor se le antoja. Hay que confesar que, tomados uno a uno, los versos de Oribe son bellos; forjadas sólidamente y cincelados con todo esmero.

Sea lo que fuera, el poeta Emilio Oribe, como otro poeta argentino (médico éste también) Fernández Moreno, adopta una métrica sin padre ni madre, que yo no entiendo.

¡ Y pensar que en una parte del libro, en « La energía virginal », hay ocho sonetos, que son ocho joyas de incomparable hermosura! ¡ Y pensar que Emilio Oribe tiene un caudal de rimas y consonantes, como pocos poetas tienen!

Este poeta joven, tiene también la virtud muy rara de conmovernos sin esfuerzo. Siente fuertemente sus sentimientos; Narrá y pinta. Si llora, lloramos.

Entre los muchos poetas buenos, entre los muchos poetas verdaderos que constituyen la nueva generación literaria del Uruguay, Emilio Oribe es de los mejores y se destaca entre todos. Tiene una personalidad definida. Es alguien.

Folco Testena.

El Telégrafo. — 1920.

* * *

Como algo bello y delicado, sutil y aristocrático, ofrece hoy *Hispanoamérica* a sus lectores de gusto selecto estos poemas de Emilio Oribe.

Desde su primer libro, la crítica tuvo que fijarse en aquel estudiante que hacía poesías rudas y sinceras, rebeldes a las viejas normas de la literatura. Poesías que a primera vista parecían algo simplemente intelectual, sin estética, pero que luego se infiltraban alma adentro como una cosa bella. Tiene Oribe en sus versos todo el vigor sano y joven de la raza que poblaba las selvas y los llanos de América, y su lectura evoca al instante una correría de guerreros de pechos cuadrados y hachas en la diestra por los montes vírgenes y abruptos.

Oribe tiene dos características principales: una delicada sensualidad y una cerebralidad sumamente refinada: tipos de sus versos son por eso, «El Fruto» y «El Viaje.» que figuran en su libro *El Halconero Astral*.

No fuera verdaderamente rebelde el Novecentismo si suprimiera por completo la antigua poética e impusiera como norma el verso libre y por eso, sus cantares también se ejercitan en poesías clásicas, y ejemplo, es ese pulcro soneto «Regreso» de Oribe.

Espera *Hispanoamérica* que el público venezolano sabrá apreciar en lo que merece a este poeta, altamente admirado en el Uruguay y Argentina.

Antonio Arraiz.

Hispanoamérica. — Febrero 1922. — Caracas.

* * *

El poeta uruguayo Emilio Oribe, al publicar este libro, adhiere su fervor a los nuevos poetas del novecentismo.

Se advierte en sus versos una saludable influencia de Walt Whitman y de los unanimistas. Sus cantos son sencillos y serenos; y su métrica clásica, al igual que la del potente autor de *Leaves of Grass*, es capaz de cantar las más humildes sugerencias de la vida diaria, y las exaltaciones más espléndidas del espíritu en que el canto asciende bíblicamente.

Armando Vasseur en el prólogo a su traducción de los poemas de Walt Whitman, expresa su inquietud por esta forma nueva al parecer, pero que en verdad no es si no la remozada de los himnos órficos y védicos y los versículos bíblicos por un lado, y de las sentencias del Kempis y Pascal por otro. Tal forma nada tiene de parecido con el verso actual; en verdad, hasta hace poco, los versolibristas dieron mucho que hacer a las academias; porque no hay duda, necesita una completa renovación esta métrica cuyo origen mnemotécnico no

compadece con su actual destino. En nuestra época y en esta Sud América heterogénea, muy poca ha sido la inquietud intelectual que ha provocada la técnica del verso. Rubén Darío que conocía su arte, supo dar con todos los sonos posibles en el canto y en la melodía verbales, pero dijo muy poco acerca de la estructura del verso, quizá porque comprenderá la relativa importancia de toda teoría en el arte. Ricardo Jaimes Freyre, a quien le unía con Darío una estrecha amistad, espíritu enamorado de la perfección a lo Heredia, halló con los períodos pares e impares, y refrescando preceptos antiguos, una teoría aplicable a todos los metros conocidos. Todo esto es cuanto se ha hecho por el verso castellano; los españoles, salvo raras excepciones, siguen escribiendo como sus poetas de hace tres siglos y los sudamericanos como aquellos y como los franceses. Es claro que alguien podrá decir con mucha razón, que el nuevo verso vendrá con las nuevas emociones espirituales como la ley sigue a los fenómenos observados, pero adviértase entonces, que esta corriente literaria moderna tiene ya su sanción estética dada por los ilustres poetas que abogaron por ello. Esto es algo de lo que podría decir respecto al artificio en la obra de Emilio Oribe.

En cuanto a los quilates de belleza que los poemas del referido autor guardan, podemos evaluarlos por la originalidad y sencillez de los temas. En cuanto a esto de la originalidad, no estoy de acuerdo con la mayoría puesto que pienso que aquella, la originalidad, no es un efecto si no una causa sensitiva que es madre de la concepción. Los grandes poetas son los halladores de los tesoros humanos escondidos en el alma de la especie y para hacer este destino, es indispensable el no complicar el espíritu con lo intelectual. El alma habrá de ser sencilla para que sea capaz de embellecerse ante la visión del más humilde de los espectáculos terrestres.

La Nola, Buenos Aires.

Pablo Rojas Paz.

* * *

De tierra uruguaya recibo yo ahora un libro. Su autor es Emilio Oribe, unos veinte años que cantan en el Plata henchidas canciones. Forma Oribe en la falange lírica de estos últimos días uruguayos en que Adolfo Montiel Ballesteros lanza sus versos libres y dionisiacos. Emilio Oribe es un panéista, hermano menor de Nervá, como Amado Nervó un místico de Alejandría. Para él como para Nervó, como para los grandes espíritus contemporáneos, no es la naturaleza la materia insensible y fría de los parnesianos, es algo que late al compás del espíritu, es el eco, la voz armoniosa de una gran voz universal.

Además de bellos versos el volumen tiene ideas. El poeta en sus correrías por la aya nativa ha visto a la puerta de unos ranchos miserables, unos hombres amarillentos, indios tristes que hurgándose el ombligo y bebiendo mate ven pasar la caravana de los días. No parecen hombres, son unas figuras de Pagoda oriental, de medallas de cobre, de Budhas de bronce o barro, soñolientos y tristes:

No recuerdan las gentes salidas del violento resplendor de barbarie que pintara Sarmiento, indóciles y oscuros, frente a la tierra llana y virgen, son eslavos de una existencia vana.

Les pone el ejemplo del inmigrante que vino de Italia o de Alemania en tercera clase, entró a la selva, taló la selva, veinte años luchando bajo el sol.

Mariano Picón Salas.

Del libro *Buscando el Camino*. — Pág. 83. — Venezuela.

* * *

Emilio Oribe es uno de los jóvenes poetas uruguayos más interesantes. Ha venido a París para enterarse del movimiento intelectual francés, y ha paseado su lirismo de « poeta recién casado » que diría Jiménez, por España y por Italia, bebiendo a ojos abiertos, como su compatriota Rodó, las bellezas de este mundo antiguo.

Su poesía es una simplificación del simbolismo; se sirve de una alegoría anecdótica, como Henri de Regnier en sus primeros libros, con una sencillez casi evangélica. Pagano y místico a la vez, su fervor se funde en un ponticismo absoluto. Su modo de expresión es un verso libre espontáneo, basado en « el movimiento de impulsión » de que habla Gustave Khan.

Oribe lleva publicados tres libros: *Litanias Extrañas*, *Castillo Interior* y *El Halconero Astral*. Las influencias de estos libros son Santa Teresa, San Juan de la Cruz y el medievalesmo de Remy de Gourmont. Actualmente prepara un cuarto volumen que se llama *El Nunca Usado Mar*.

De *Juventud*. — México. — París, Febrero de 1921.

* * *

El *Halconero Astral* de Emilio Oribe, es un cofre de armonías hechizantes cuando canta las cosas emotivas con hondura.

Ya te conocíamos por *El Castillo Interior*, que nos dejó tan grato recuerdo, sobre todo por « Las Moradas de Cristal », « Los Rosales del Mito », « La Pintura del Tiziano », « La Selva » y el exquisito soneto « Nocturno », verdaderos hijos armónicos de la música interior del joven poeta uruguayo, tan extraordinariamente subjetivo.

Oribe es un poeta de la hora presente. Ama como la joven estirpe espiritual el fuego sagrado del novecentismo, ya sea cuando busca la dulce soledad para pulir sus versos esculturales, o cuando recorre los serdas lugareñas y se embriaga con el néctar divino de las emociones puras.

Sus versos embriagan porque son de un fondo dulcemente admirable y porque los ha cincelado con ese ardor abrasante de los años mozos que llenan de tanta inquietud a los que cantan mil polifonías con belleza helénica en el huerto lírico del idealismo interior...

El exquisito autor de *Litanias Extrañas*, en su último libro, perfila su personalidad en « Las Garzas ». El se va al campo cansado de estudiar, teniendo un desengaño infinito, sobre todo de amor. Un indio viejo le regala cinco garzas. La rosa será el Amor, la blanca será la Fé, la gris la Duda, la de

oro la Ambición y la verde la Esperanza inmortal. Como las interrogó todas las garzas, menos la verde, le dijeron:
¡Vuelve a amar! ¡Vuelve a creer! ¡Vuelve a ambicionar! ¡Vuelve a dudar! Aquellas palabras le fueron terribles, y lleno de miedo se puso a degollar las aves con un filosó puñal.
Luego exclama con todo entusiasmo, con esa majestad que pone en sus arrebatos líricos:

¡Sólo he quedado con la garza verde...!
La Esperanza.
¡Pero esa nunca va a querer hablar!

En resumen, su último libro es todo un melodioso preludio emocional. Sus símbolos y alegorías son impecables. Sus pensamientos, robustos y ciertos.

Buenos Aires. — 1919.

Oscar Alberto Ibar.

* * *

En Emilio Oribe, no obstante de ser ya un poeta consagrado o poco menos, no se advierte la huella más o menos pronunciada de cosas que reflejan torpes inmodestas o absurdos pedantismos.

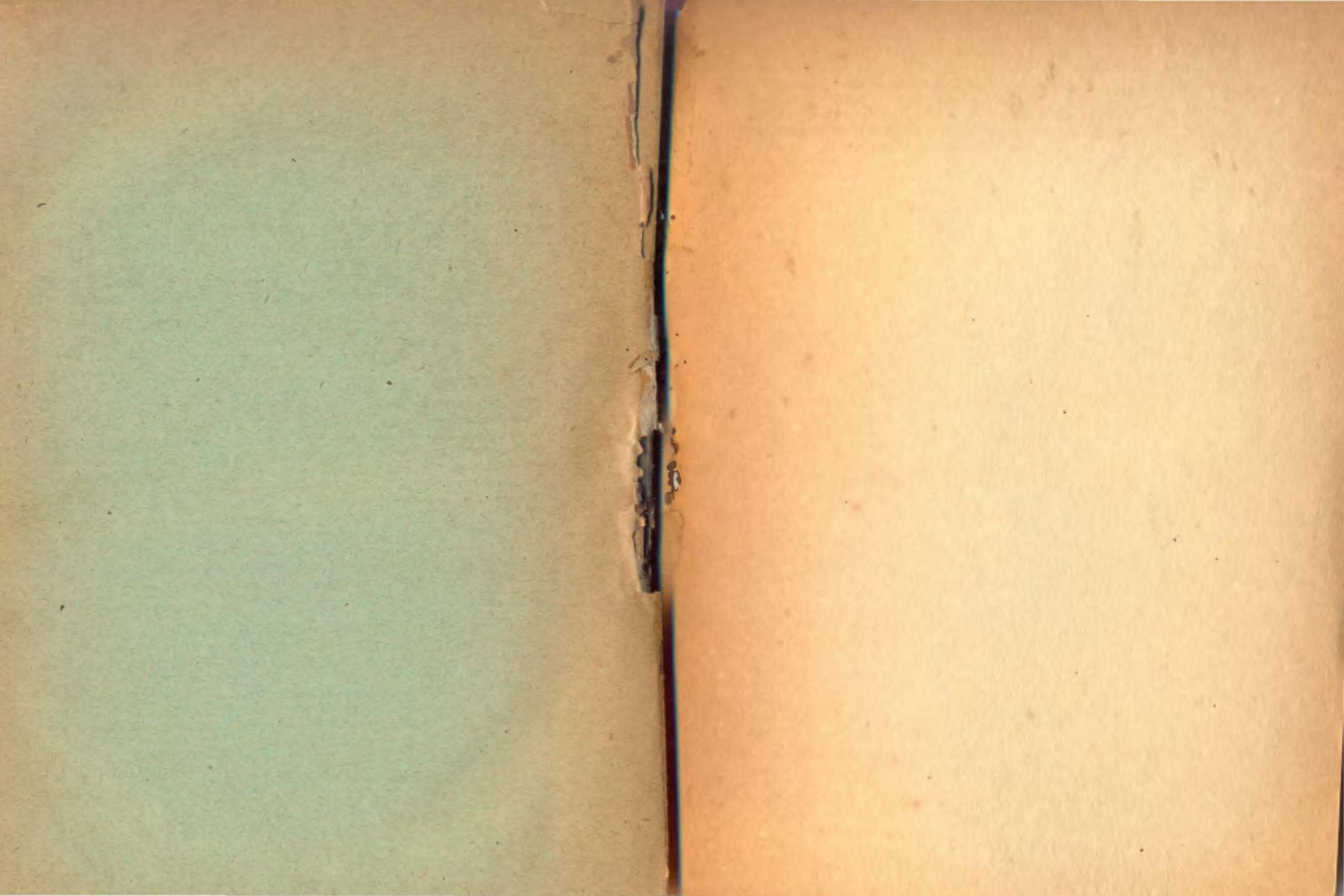
En la poesía novecentista, nueva con relación al momento, pues nada es nuevo en absoluto, veo, como nota característica, la aspiración al afianzamiento enérgico de una personalidad cada vez poseedora de un más amplio, complejo, sutil y humano concepto de la vida. De multiforme variedad en los asuntos a que se contrae, tiende a ser rica, muy rica en matices de expresión, en formas rítmicas de una vida artística de que están inexorablemente desterrados los vulgarismos verbales y convencionalismos retóricos de uso frecuente.

Contiene este volumen muy interesantes y bellas poesías. Ninguna es prosaica ni vulgar. Se leen con deleite algunas de ellas como « Palos telefónicos », « Hacedores de oro », « El tirano », otras más...

Combina con facilidad metros de arte mayor muy conocidos y usuales con otros de arte menor de tres, y hasta de dos sílabas, produciendo sin mayor esfuerzo rítmico musicalidades muy suaves y atraentes. En general, su mayor cualidad es libérrima, muy caprichosa y aún anárquica en ocasiones. Pero así y todo, siempre, siem re, se desprende de estos versos una vibración de poesía serena y honda, condensación supremamente lírica de un alma que fiende en todo momento y aún por el aparentemente más chico e insignificante motivo a compenetrarse estrecha y armoniosamente con la vida.

Renacimiento. — 1919. — Santo Domingo.

Fed. García Godoy.



GRABADO EN MADERA
DE G. FUREST

AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES
MONTEVIDEO BUENOS AIRES
25 DE MAYO 877 RIVADAVIA 1671